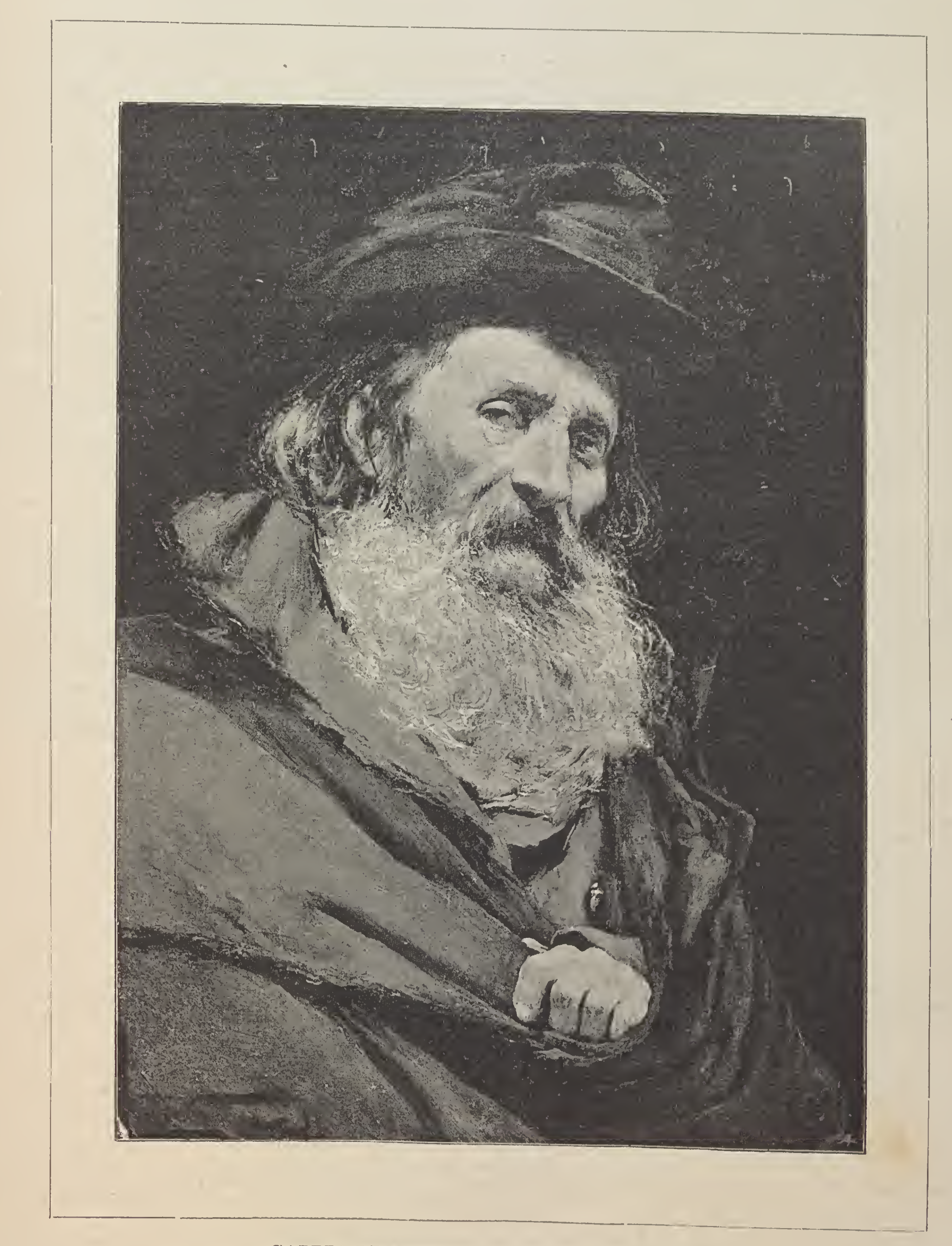
La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 23 DE NOVIEMBRE DE 1891 — NÚM. 517

ADVERTENCIA. – El trabajo extraordinario que exige la ilustración de la obra, no nos ha permitido repartir con el presente número á los suscriptores de la *Biblioteca Universal* «LA GUERRA FRANCO-ALEMANA,» del general Moltke, primera edición ilustrada de las publicadas en Europa. Creemos que con el próximo podremos hacer el reparto de la misma.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de D. Manuel Felíu

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *Navegación aérea*, por Hiram S. Maxim, traducido por E. L. Verneuil. – *Colonia, la del Rhin*, por Juan Fastenrath. – *Nuestros grabados*. – *La idea fija*, por Pablo Bonnetain, con ilustraciones de Jeanniot, traducido por F. Moreno Godino. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Física sin aparatos. La dilatación de los cuerpos malos conductores del calor. Los autómatas. La obra de Roberto Houdín*, por el prestidigitador Alber. – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – *Cabeza de estudio*, cuadro de D. Manuel Felíu. – *Las bellas artes*, techo pintado por Antonio Coll y Pí. – *Navegación aérea*: Fig. 1. Máquina para probar la eficiencia del propulsor de hélice y la fuerza ascendente de los aeroplanos. Fig. 2. Manera de unir los aeroplanos y fijar las hélices. Fig. 3 Sección longitudinal del cuerpo de la máquina. Fig. 4. Sección horizontal de los miembros del brazo largo. Fig. 5. Dinamómetro y tacómetro fijos en la barra principal. Fig. 6. El experimentador y sus ayudantes probando el dinamómetro. – *Abandonada*, escultura de D. Rafael Atché. – *Sueño de amor*, cuadro de D. José María Tamburini. – *La prima-donna*, cuadro de H. Temple. – *El czar eligiendo esposa*, copia del celebrado cuadro de Makowski. – Experimento de dilatación de los cuerpos malos conductores del calórico – Figuras 1, 2 y 3: El pastelero, el gimnasta y el guardia francés, tres grabados que representan otros tantos autómatas de Roberto Houdín. – *Idilio de amor*, cuadro de Modesto Faustini.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Mi Biblioteca. – Regalo de libros con dedicatorias autógrafas por los primeros autores contemporáneos. – *La mujer del siglo XX*, por Julio Simón. – Memorias de Gayarre por Julio Enciso. – Juicio de la obra. – Gayarre niño en el Roncal. – Gayarre mozo en Pamplona. – Gayarre como tenor incipiente. – Gayarre laureado en los teatros. – Muerte de Gayarre. – Definitivo juicio sobre su carácter y su genio. – Conclusión.

I

Mi pobre librería resplandecerá siempre por las dedicatorias autógrafas con que todos los escritores modernos de nota la honraron y enaltecieron á porfía en los treinta últimos años, desde todas las regiones americanas y europeas, al publicar sus libros. Lamartine, Hugo, Thiers, Gambetta, Dilke, Lubbosch, Mazzini, Garibaldi, Favre y cien más, apenas publicaron un volumen durante su gloriosa vida, cuando, todavía húmedo, me lo remitieron, estampando su firma con algún cariñoso cumplido en las primeras hojas, que me recordara con tan propicia ocasión su inalterable amistad. A esta costumbre, no correspondida por mí, pues desconfiado del valor de cuanto escribo, pocas veces dedico mis obras ni en público ni en privado; á esta costumbre no falta nunca el insigne repúblico Julio Simón, de quien guardo un afecto muy correspondido por mí, el cual afecto crece con los años en intensidad como también mi grande admiración hacia él, no solamente por la copia y mérito de sus obras, por la virtud y el esplendor de su vida. Parece imposible que, transcurridos setenta y cinco años, quepan en tal edad tantas faenas por él emprendidas y acabadas, cuyo número y cuya importancia de seguro marchitarían la más florida juventud y agotarían las más ricas fuerzas, pues no parece sino que lleva este hombre singular en sí varios oradores, varios escritores, varios estadistas, varios académicos, presente á un mismo tiempo en todas partes, y consagrado con todos sus medios á prosperar el bien público y á servir los intereses humanos. Sus discursos en los centros literarios, sus presidencias de asociaciones benéficas, sus necrologías de los compañeros muertos en las tres academias á que pertenece de antiguo, sus predicaciones difusivas del principio liberal tan combatido y menguado en estos tiempos, su cooperación á todo trabajo útil é interesante para los demás quedarán como prueba de cuánto puede la lumbre de una inteligencia clara y el calor de un afecto humanitario cuando esclarecen y prosperan los humanos progresos. Entre las obras publicadas en los últimos tiempos, de las cuales me ha remitido siempre un ejemplar, encuéntrase *La mujer del siglo XX*, escrita en la parte metafísica y moral por él, y por el hijo mayor suyo en la parte fisiológica. Imaginaos á Platón completado por Hipócrates ó Séneca por Plinio, y tendréis una idea de tan hermoso libro, pensado y producido para engrandecer y purificar el amor. ¡Oh fuerza universal, fuerza creadora! El poema de la Creación está inspirado por el amor. No deben conocerse con otro nombre que este santísimo de amor las afinidades misteriosas, aglomerando unos átomos sobre otros átomos y componiendo por medio de la cohesión los cuerpos. Amor se debe llamar esa fuerza de gravedad que á distancias inmensas mantiene unidas las moles enormes en una gran familia solar, como la cohesión que mantiene unidos los corpulillos ó átomos en cada cuerpo. La vida en éstas se mantiene, se difunde, se perpetúa y perdura merced á los besos de fuego que les manda el solitario y soberano sultán de los espacios. Nuestro planeta va seguido por la luna, pálida ciertamente de las tristezas que dan los celos. Cuando un sol ha dado alguna tierra de sí, no la despide y lanza irremisiblemente á los espacios inmensos para que se pierda en sus inmensos abismos; la llama y atrae á su centro, constriñéndola con su coerción para que amorosa en torno suyo quede y lo rodee con los abrazos de sus armoniosísimas elipses. Todas las estrellas desean tener sus respectivos satélites y todos los satélites dan á las estrellas con sus concertados movimientos como una serenata sin fin movida por ardorosa pasión. Esas gradaciones en que los planetas están colocados, parécenme una especie de amoroso himno y de cromática escala, como los requiebros del poeta en aspiraciones ardientes á su musa, ó como las elegías en suaves notas del músico á su amada. ¡Oh! Así que la vida vegetal comienza, también comienza con ella el amor. Cuando los capullos en una yema se vuelven hacia los cielos para romperse y abrirse, buscan un suspiro del aire y un ósculo del día. La palmera desde lejos pide á su compañero el efluvio, diluído en los aires, á cuyo contacto ha de producir los dátiles bajo las palmas, en guisa de un áureo chapitel coronando la esbelta y geométrica columna de su tronco. Subid en las escalas y veréis cómo el amor se difunde por doquiera. Estremécese como en sacudimientos nerviosos el pistilo, arróbase como en éxtasis místicos la retina. Desde los primeros insectillos hasta los grandes mamíferos, todos los seres animados se completan á sí mismos y perpetúan sus especies respectivas al fuego del amor. Desde las mariposas que vuelan en torno de la flor como las tierras en torno del sol, hasta las carniceras águilas que tienden sus alas sobre las nubes, todos los seres, los delicados y los fuertes, obedecen al amor, nacen del amor y en el amor se consumen y mueren. El ha puesto la sedosa guedeja en el férreo cuello de los sanguinarios leones; ha pintado con matices tan atractivos y con toques tan metálicos, de iris tan múltiples abrillantadas, las multicolores alas del ave; ha inspirado esa instintiva é inconsciente arquitectura en el castor para la fábrica de su casa y en la golondrina para el arreglo de su nido; ha hecho que los astros se sigan, que los gorjeos se sucedan, que los cánticos suban en sinfonías interminables á lo alto y que por doquier se oigan arrullos y besos, se vean los pequeñuelos unidos á sus madres y los machos á sus hembras, que todo suspire y todo arda, que aspiraciones universales á un ideal palpiten hasta en los seres más rudimentarios, que los aguijones del deseo muevan las partículas de polen áureo depositadas en los pétalos de las azucenas y la roja sangre agolpándose á los corazones, que un calor benéfico inunde los espacios como verdadero espiritual éter, á cuyo empuje y á cuya lumbre sintamos todos por igual el precio de la vida y pugnemos por extenderla y perpetuarla en tiempos sin término á generaciones sin fin. ¡Benditos sean aquellos que purifican en obras inmortales y con pensamientos altísimos el fecundo amor!

II

Otro libro acaba de llegar á mis manos, el escrito con sobriedad y elegancia verdaderas por Enciso acerca de un objeto curioso, la biografía de Gayarre. Hale prestado nombre de *Memorias* al precioso volumen su autor; y realmente á la obrilla le cuadra, pues no habiendo sido por la palabra del protagonista dictada, lo ha sido por sus hechos; resultando, en la natural ausencia de todo artificio literario y de toda solemnidad histórica, tan ingenuo relato, si no escrito, vivido por Gayarre. Lo malo de las Memorias, lo que repugna en ellas al cabo, es un empeño tan fútil como la presentación de los actos referentes á la vida privada, en que todos nos confundimos, y que suelen despertar, magüer su vulgaridad, insano interés entre los aficionados á cosa de suyo tan poco interesante como las vidas ajenas. En la biografía dada con fortuna y acierto por Enciso á luz, todo entra dentro del dominio natural de la historia y todo está pidiendo la pluma del historiador. Pervertidos muchos hacedores de Memorias por la vanidad característica de algunos hombres muy célebres, creídos en lo pueril de su orgullo propio que les importaban á los demás las minucias de su vida tanto en sí cuanto les importaban á ellos, han atiborrado á los lectores con especies tan baladíes como el recuento de la primera papilla que mascaron cuando lloraban por sopas ó del primer amor que sintieron cuando fumaban en la niñez á hurtadillas. No, no son las Memorias verdaderas esos renglones á lo Goncourt, donde se gasta papel, tinta, espacio, tiempo, letras de imprenta, moldes y máquina para decir: «Domingo, etc., he comido casa de Petters; por cierto que ahumaron mi plato favorito, la ternera en salsa.» Las Memorias deben recordar, no lo meramente subjetivo y personalísimo, lo naturalmente objetivo y trascendental de nuestros actos, que interesan á todo el mundo y elevan hechos individuales á la estirpe y categoría de lo universal y humano. Si queréis estudiar la digestión os importa lo mismo estudiarla en el estómago de Newton que en el estómago de cualquier campesino hallado por casualidad en la primer encrucijada de vuestra calle al paso. Pero si habéis de contemplar y conocer el pensamiento, ya varía el interés que tenéis por una ú otra cabeza. Enciso resucita con suma sencillez, pero con grande animación, todos aquellos actos de su héroe conducentes á explicarnos cómo en la cantera pentélica de sus facultades naturales talló una voluntad firme, sirviendo á una vocación soberana, la estatua de aquel Orfeo divino que se llamó Gayarre. Cuando uno ha ejercitado arte tan dificultoso como escribir con claridad y corrección la lengua castellana, maravíllase de que haya podido un profano empezar y concluir en bueno y propio estilo regular volumen, sin tropiezo en los énfasis y las adjetivaciones y las hipérboles y las cacofonías y las mil dificultades encontradas á cada línea, lo mismo en la idiosincracia nacional nuestra que en la naturaleza propia de nuestro rico y altisonante idioma. Enciso ha navegado con suma facilidad y fortuna entre los dos escollos en que podía estrellarse la difícil obra suya: entre la sonoridad épica del sermón panegírico adobado con los múltiples adjetivos idiomáticos nuestros, ó la picardía de novela familiar y realista rayana con los asuntos picarescos de nuestros dos siglos clásicos. No ha volado á lo sublime, ni aun escribiendo de música, para caer en cualquier icarada frecuentísima tras el quiero y no puedo de los tontos; pero tampoco ha por los suelos arrastrado al héroe que conserva en los mayores apuros provenientes de su pobreza la nativa honradez navarra. Con esto, y con la feliz ocurrencia de no subrayar demasiado los hechos y no ampliarlos fuera de toda medida como hinchando un perro, Enciso ha dado un libro, cuyas amenas páginas serán saboreadas hoy con gusto por la feliz generación que oyó á Gayarre y consultadas mañana con provecho por cuantos quieran historiar en lo sucesivo la vida de nuestras artes.

III

En la primera parte de su obra Enciso nos refiere la vocación del tenor: en la segunda parte, cómo ha seguido el tenor esta vocación. Aunque no haya entre las bellas artes ninguna, ni aun la poesía, en que todos mojemos tanto como en la música, desde la niñez primera los designados á episcopar dentro de las armonías y los cánticos revelan las nativas propensiones suyas y el fin primordial para que fueron criados. Así como la vista del pintor se distingue de la vista vulgar, distínguese de los oídos vulgares el oído músico. Gayarre hame contado á mí que le absorbían y extasiaban todos cuantos sonidos regalaron, á guisa de auras, en las cumbres de sus montañas, en las hoces de sus valles, en las frondas de sus bosques, aquellas orejas, tendidas hacia todos los rumores por el modo indeliberado é inconsciente, congénito y connatural con las grandes porfiadas vocaciones. ¿Quién pudiera describir la primera sensación despertada en aquel cantante natural por los susurros de la linfa en el arroyo, y por los estruendos de las cascadas en el peñasco, y por el vibrar de los pinos en las montañas, y por el gorjear de los ruiseñores en el verjel, y por el beso de las brisas tibias en el rostro, y por el estallido de los rayos en el cielo, dada su incontrastable atención á todo aquello que cantaba en torno suyo, componiendo las sinfonías misteriosas é inextinguibles del músico universo? Los oradores de nacimiento dicen, aunque nadie los escuche, monólogos tras monólogos hasta durmiendo; los dramáticos fingen dramas y urden situaciones interesantes ó escenas teatrales en las circunstancias más vulgares y con los diálogos más ordinarios de su vida; los pintores ven paisajes y más paisajes en la sucesión panorámica del espacio delante de su vista y componen cuadros y más cuadros en la lectura de cualquier historiador verdadero; los poetas extraen la poesía de los objetos á primera vista más prosaicos; modelan los escultores nativos idealmente sobre los pedruscos hermosos bajos relieves, como los astrónomos convierten al cielo material todos sus pensamientos: que la vocación amanece y alborea con las almas,



LAS BELLAS ARTES, techo pintado por D. Antonio Coll y Pí

revestidas de todas las cualidades y hasta de todos los defectos aquejados que conducen á la realización y cumplimiento de sus personales destinos. La estrella que nos guía desde nuestra natividad á nuestra muerte, quiso evocar á Gayarre con su magia en una montaña, donde lejos de oir los rippers, y los tranvías y los simones que oyera de nacer en Madrid, entrábansele por los órganos de su audición las melodías del universo, como por los poros de su cuerpo las emanaciones del heno. Yo no caeré, no, en la retórica pastoril hasta creer más escuela música los apriscos de Navarra que los conservatorios de Waymar, y superior la zampoña ó rabel de cualquier idilio á un buen violín de Paganini y á un buen piano de Rubistein; todo esto equivaldría de suyo á traeros mi buen Gayarre abrigado con pellicos de seda en rama ó algodón en pelo, vestido con calzas de raso blanco y polainas de cuero ruso, cubierto con sombrerete de terciopelo adornado de lazos multicolores, soplando en las flautas áureas de cualquier Fitivo de Academia, sobre muelle cojín de pluma y pintada alfombra de Persia, junto á cualquier Amarilis adobada con más colores que tiene la cola del ave de Juno y ceñida con más brillantes que los guardados en las alacenas de Marzo; ¡Dios me libre de disfrazar así un artista eximio, todo verdad y naturaleza!; pero sí digo que quien jamás oyera el arrullo postrero de una tórtola y el canto matinal de un gallo, la esquila del ganado en los rediles y el mugido de los bueyes sobre los surcos, la campana que llama en el crepúsculo vespertino de lejos á la oración cuando vuelven los leñeros cargados de tomillo con la primera estrella de la tarde que nada en los últimos arreboles del día; ¡oh! quien jamás ha oído todo esto con amor, no podrá, no, componer ó cantar la música con gloria. La gallegada de *Sonámbula*, los conciertos de labriegos en *Guillermo*, las melodías alpestres del organillo de *Linda*, el azahar sevillano á que trascienden todas las serenatas audaluzas del *Barbero* y del *Don Juan*, los coros de las selvas en el *Freichutz* y el coro de los pájaros en la *Africana* enseñan cuánto despertaría la vocación propia suya en Gayarre la ópera compuesta por el violín de los pinos, por el aria de las fuentes, por el dúo de las alondras, por la flauta del mirlo, por la escala cromática del ruiseñor, por las piezas concertantes cantadas entre las golondrinas y los verderones y los jilgueros y las tórtolas y los gallos; en fin, por el cántico armónico de la naturaleza y por el himno todo entero de la música universal.

IV

Pero así como en la infancia todo auxiliaba con auxilio eficaz y constante la vocación suya, todo la contrariaba en los diversos oficios que siguieran á las faenas del campo y al pastoreo en el monte. Dentro de una tienda prosaica en Pamplona, ó sobre un yunque atronador en la herrería, seguramente la educación música, por la vida en el Roncal aquistada, sufrió un triste retroceso. La venta y el regateo, la vara y el peso, los mostradores y los escaparates no cuadraban á quien debía soñar con empresas de mayor cuantía intelectual y con ocupaciones muy contrarias de las útiles, á cuyos esfuerzos lo condenaban la miseria del propio hogar y la imposibilidad en que sus padres se hallaron de granjearle ninguna profesión artística ó científica. Líbreme Dios del error que supondría no considerar como indispensables á la sociedad faenas tan útiles cual aquellas cooperadoras en pequeño y con humildad á los movimientos del cambio, los cuales renuevan y purifican los átomos sociales, de igual modo que nuestro comercio continuo con el medio ambiente por la respiración y la nutrición renueva las moléculas corporales; pero Ga-

yarre no había nacido para este ministerio provechosísimo y honroso, había nacido para otros quizás de menos utilidad pública, pero de mayor empeño personal. ¡Oh, el arte, cómo desasosiega el arte á sus predilectos! ¡Cuál funesto don para la salud, para los nervios, para el hígado una fantasía creadora y un sentimiento estético! Tras las tribulaciones traídas por una palabra escuchada, por un pincel feliz, por una voz armoniosa, por una superioridad cualquiera en las ciencias ó en las artes, sentiría el pensador y el artista vagar por sus labios la maldición de Job al día de su nacimiento, si no viniese á extinguirla un rayo luminoso de la conciencia serena y una incontrastable confianza en el juicio de la posteridad. ¿Quién podrá decir cuántos géneros de contrariedades combaten al artista y lo afligen, cuán agudos los dolores, así en la generación como en el parto de su idea, cuán penosos los trabajos y hasta cuán caros los triunfos, á veces en tristeza y desabrimiento superiores á las mismas derrotas? Y sin embargo, así como el ave poeta, en la primavera, cuando el celo enardece la sangre y la garganta en su cuerpo, se suspende ¡ah! de una rama florida, con amor, y se consagra con empeño á llenar de melodías el aire para que su compañera empolle los pajarillos que luego han de cantar y volar desde su nido hasta la muerte, pues no empollaría sin aquella fascinación del cantar melodioso, el arte se suspende á su vez del árbol de nuestra vida, pues ¡ay! sin él esta humanidad nuestra mil veces abandonaría, en el suicidio á que las penas y los trabajos la impelen, el mundo y la continuación en el mundo de su triste atormentada especie. Imaginaos qué fuera del pobre Gayarre, despedido de su tienda por haberla dejado en triste soledad para correr tras una música militar, por primera vez á su oído llegada; que fuera después de la tienda, dentro del infierno de una fragua, la cual tanto debía con sus resuellos y sus golpes inarmónicos atormentarle, si en tan grande contrariedad no le hubiera sostenido la certeza profética del cumplimiento de una vocación puesta por Dios en él para encantar con los astros luminosos de sus notas las noches morales de nuestro espíritu. El Orfeón, en que halla los rudimentos primeros de los tecnicismos difíciles del arte; la escena de su presentación al gran maestro Eslava, quien severa y duramente con él procede á sabiendas en la increíble audición primera de aquella voz divina; el curso lentísimo en las cátedras de nuestro Conservatorio, merced á una pensión suspendida por los revolucionarios de septiembre, que le dejan al infeliz en la calle; sus prósperas aventuras en Tudela con la compañía de canto y sus tristes desventuras en Zaragoza por haber querido levantarse á mayores y complacer á un público de ciudad grande con los músicos y los recursos empleados en una ciudad pequeña; la personal abnegación del cacharrero, fiando con su modesta tienda las primeras empresas de un tenor incipiente sin empresario; sus peregrinaciones para llegar desde los despegos zaragozanos á los triunfos esplendorosos en los primeros teatros del mundo; tal número de incidencias y de incidentes dramáticos, dignos de la tragedia, la novela, el drama y el sainete, constituyen una moral epopeya, donde la juventud que aparenta crecer desesperada y sin los entusiasmos propios de las regocijadas mocedades, vea cuánto vale y cuánto puede una firme porfiada voluntad.

V

De triunfo en triunfo anduvo Gayarre hasta el día nefasto en que la muerte le hiriera de súbito y nos lo arrebatara por siempre. Amigo mío muy amado, así que presintió la proximidad cercana de su fin, vino á verme aquí en mi casa, donde me tenía entonces recluído el triste luto que guardé á mi hermana dos consecutivos años. Era el día siguiente á la noche nefasta en que la primera sombra del vecino sepulcro subió á su frente luminosa cuando cantaba *El pescador de perlas*. Podría, si pintara yo, retratar la tristeza de su rosto, y si ampliase las memorias estas, repetir de coro aquella conversación. Acompañábale su hermano del alma, Elorrio, quien, reflexivo, grave, leal, honrado, como cumple al que nacido en solar vasco, siente las amistades con exaltaciones y ama las artes con vehemencias del Mediodía. Versó nuestro coloquio sobre la muerte, y sin decir que la temiera, mostró Gayarre que la presentía en más de un rasgo y más de un concepto, indeliberado é inconsciente, como aquellos que suelen patentizar con claridad tan grande lo interior más recóndito del ser. A la semana siguiente de tal conversación lo enterramos. ¡Caso bien digno de meditarse ahora el caso de tan extraordinario cantante! Gayarre perteneció, como Rubini, á los artistas líricos, que todo lo libraron sobre la buena voz y el hermoso canto. Nunca pensó en cautivar su público por el gesto, ni por el traje, ni por el teatral arte, á la manera de tantos otros; todo á su garganta y á su fraseo lo fiaba en las obras de mayor empeño y en los instantes de más dificultad. Una verdadera nitidez en la pronunciación italiana, unas modulaciones magistrales en el recitado, una emisión de voz increíble, unas transiciones en que superaba dificultades insuperables bastábanle para el extraordinario brillo de aquel inspirado cántico, en que, por un verdadero milagro de la naturaleza, uníanse con portentosa unión la dulcedumbre femenina y el vigor varonil. Enciso ha mostrado en su *Historia* el afecto más hondo en el corazón y más enseñoreado en la vida de su amigo, el amor al suelo natal. Sin que supiésemos una palabra de sus pretensiones, las coligiéramos de los gritos lanzados al ver la nueva tierra en su *Africana*, y de la ternura con que plañía las fuentes y las arboledas patrias al regreso de la excursión caballeresca en sus *Puritanos*. Amén del suelo, del hogar, del valle, del monte, del amor á los suyos, de todo cuanto le traía el Roncal á la memoria, y con el Roncal sus padres, Gayarre amaba las bellas artes; y á este amor se absorbía, se anegaba, como los pensamientos del místico en las divinas contemplaciones, en el culto al cántico. Pero este culto jamás obstó en él á un gusto por las letras, á un sentimiento de las meles arquitectónicas, á unas preferencias de los paisajes hermosos, á una exaltación por las ideas liberales y á un entusiasmo por los hombres superiores que le honraban mucho y hacían de su conversación, llena de conocimientos y salpimentada de muy aguda crítica, un sabroso recreo. El talento resplandecía entre todas las facultades intelectuales suyas y la sencillez campesina en sus costumbres. Le divertía mucho, como á mí, el diálogo á la mesa, y le transportaba lejos de todas las cavilaciones humanas el disertar ligero y cortado, que se dilata desde la sopa caliente al café y que no excluye, no, la elocuencia en medio de la familiaridad. Su oficio le había permitido pespuntear la guzla nazarita en los cármenes granadinos y entonar el *Miserere* de Viernes Santo en la catedral sevillana; deslizarse al amor de las canciones voluptuosas en las venecianas góndolas, y al revuelo de las plegarias místicas arrodillarse en las gradas rotas del Circo Máximo erigido sobre las catacumbas de los mártires cristianos; oir la platónita voz del Renacimiento entre las colinas y los campaniles de Florencia con el reclamo de la sirena helénica entre los volcanes y los intercolumnios de Palermo y de Parthenope; recibir como una difusión divina en sus venas las evaporaciones desprendidas de una odisea continua, en la cual dejaba él una estela de notas y recibía otra estela de ideas. Tras una vida en que la juventud suya se desquitaba con triunfos personales increíbles del combate sostenido en la infancia, juventud consagrada por completo al arte y al culto y al cultivo de las maravillosas facultades recibidas del cielo, que le granjearon fortuna y gloria, sin que ni una ni otra le tentaran y le condujeran á la molicie y menos al vicio, durmióse muy sereno, cuando los pies coronas de sus admiradores le habían caído á los pies y los aplausos le resonaban todavía en los oídos, sin haber hecho derramar otras lágrimas que las arrancadas á nuestras nostalgias celestes por los ecos sublimes de su divina voz.

Madrid, 14 de noviembre de 1891

NAVEGACIÓN AÉREA (1)

POR HIRAM S. MAXIM

Hace algunos años vió la luz pública un artículo titulado *Navegación aérea (à priori)*, suscrito por Edmundo Clarence Stedman, en el que se hacían ciertas indicaciones respecto á la posibilidad de navegar por el aire con globos en forma de pez ó de cigarro, empujados por medio de hélices movidas por una especie de motor. Mr. Clarence, sin preciarse de ser ingeniero, solamente se proponía indicar á los de la profesión un perfeccionamiento que en su opinión podía aplicarse. Desde entonces, sin embargo, se han hecho repetidas experiencias con un aparato idéntico al que él indicó, experiencias debidas al gobierno francés, y cuyo resultado fué la construcción del globo en forma de pez titulado *Francia*, con propulsor á hélice y motor eléctrico, alimentado por una batería. Con este globo se efectuaron varias ascensiones, volviendo al sitio donde se elevó; pero aun cuando las pruebas se hicieron en día de com-

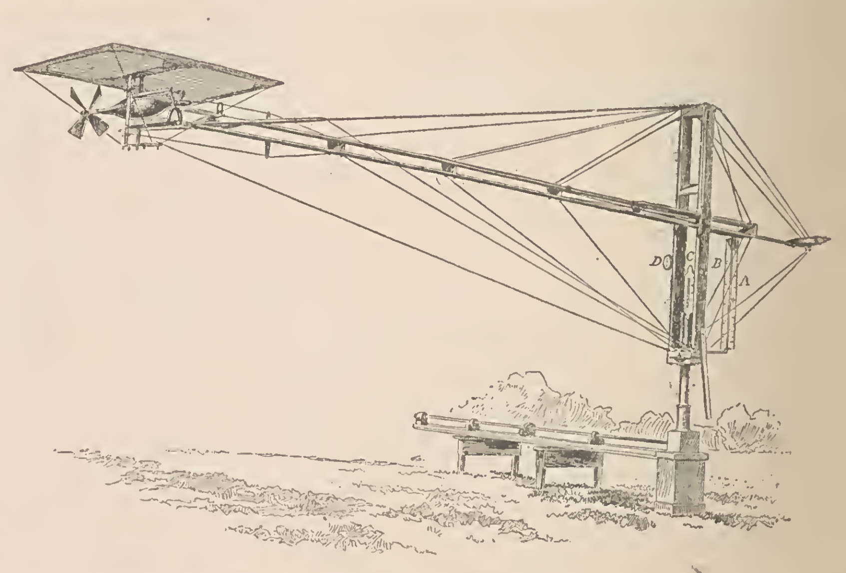


Fig. 1. Máquina para probar la eficiencia del propulsor de hélice y la fuerza ascendente de los aeroplanos. – En esta máquina la fuerza se transmite desde la barra horizontal, hacia arriba por el aparato vertical de acero y á través de los miembros del brazo largo. A, es una escala que ha de señalar las millas por hora, y B, otra dividida en pies por minutos; C, es el dinamómetro para indicar el impulso de la hélice, y D, otro que marca el ascenso del aeroplano.

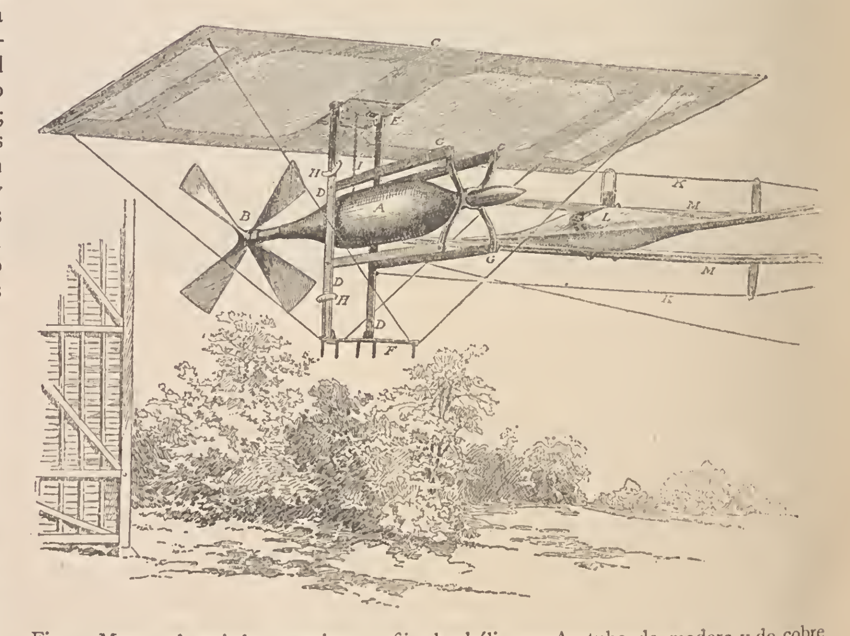


Fig. 2. Manera de unir los aeroplanos y fijar las hélices. – A, tubo de madera y de cobre con espiga de acero horizontal; B, propulsor á hélice; C, aeroplano; D, D, dos barras de acero que funcionan libremente en dirección vertical, sostenidas por otras cuatro horizontales sujetas en G, G; H, H, índices que señalan el ángulo de los planos; E y F, planchas de acero en que se fijan los aeroplanos; L, barra larga horizontal de acero y madera, en cuyas extremidades se sujetan alambres de acero para impedir que la máquina se retuerza cuando está en movimiento; I, cadena que une el aeroplano con el dinamómetro; K, K, alambres para preservar las partes de los esfuerzos de la acción centrífuga.

(1) Tal vez el término «navegación» no sea el más exacto que puede aplicarse á la máquina para viajar por el aire. Creo que los franceses han convenido en usar la palabra «aeración,» en el caso de que consigan alguna vez volar.

pleta calma, raras veces fué posible regresar al punto de partida.

Los globos deben tener menos densidad, considerados en su conjunto, que el aire en que flotan, y por lo tanto su condición esencial consiste en ser á la vez voluminosos y de poco peso.

Todas las tentativas hechas recientemente para navegar por el aire, y de las que tanto han hablado los periódicos, se han reducido simplemente á imitaciones, por cierto muy deficientes, del globo *Francia*.

En la naturaleza no encontramos ave ni insecto que cruce los aires á la manera de un globo.

Todo ser viviente, ave ó insecto capaz de elevarse sobre la tierra para surcar el aire tiene el cuerpo muchos centenares de veces más pesado que el mismo volumen del elemento en que flota (1) y le es dado desarrollar una fuerza mecánica muy grande en proporción á su peso. El empleo de esa fuerza física en el aire que le rodea es lo que le permite volar. Distintos experimentos se han hecho sobre la cantidad de fuerza que para volar desarrollan las aves, y las fórmulas de ellos deducidas arrojan diferencias tales, que mientras unas la fijan, en lo que al pato, por ejemplo, se refiere, en 200 caballos de vapor, otras la reducen á la décima parte de uno, y lo cierto es que hasta el presente nada ha podido demostrarse con toda seguridad respecto á este particular.

De todas suertes y estudiando atentamente el mecanismo del vuelo de las aves, la mayoría de los hombres de ciencia ha convenido en que si alguna vez llegamos á navegar por el aire, ha de ser bajo el sistema del aeroplano, es decir, que el peso de la máquina y pasajero ó pasajeros sea conducido por

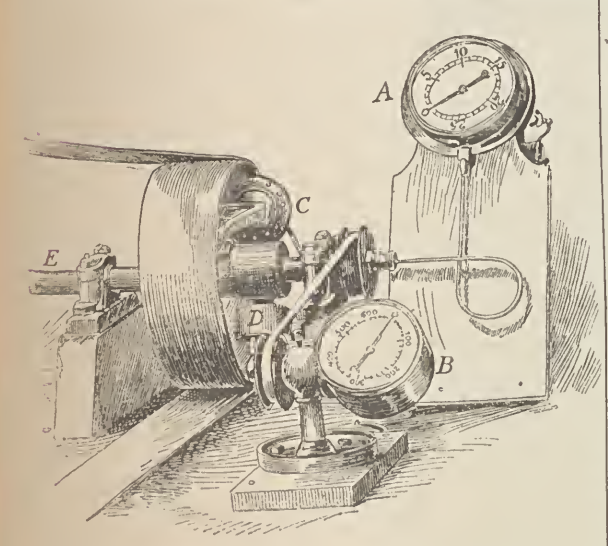


Fig. 5. Dinamómetro y tacómetro fijos en la barra principal. – A, dinamómetro que señala en décimos el grado de fuerza gastada, á la celeridad de 600 vueltas por minuto; B, tacómetro para indicar el número de vueltas por minuto; C, aparato hidráulico unido con el dinamómetro; D, contrapeso. Con este aparato fué posible determinar al punto el número exacto de vueltas y la fuerza empleada.

un ancho plano impulsado á gran velocidad por el aire. Sin embargo, hay alguna divergencia de pareceres respecto á la manera más propia de impeler esos planos; pues mientras unos creen que sería necesario hacer algo semejante á las alas del ave, otros proponen el uso de una hélice análoga á las de los barcos de vapor, pero mucho más ligera, por supuesto, en proporción á su tamaño. Yo opto por el propulsor á hélice, porque es en alto grado eficiente y susceptible de aplicar mucha fuerza de una manera continua sin ninguna remisión en su funcionamiento.

A fin de averiguar el grado de energía que se requiere para el vuelo y también qué influencia ejerce en aquélla la dimensión como factor, si es que influye en algo, construí una máquina sumamente complicada y con ella pude probar la eficiencia de los propulsores á hélice de varias clases y de distintas formas.

Mi aparato consiste en una barra ó brazo de 31 pies 9'9 pulgadas de longitud, montado en un solo tubo vertical de acero, provisto de soportes redondeados, forma adoptada para eliminar en cuanto sea posible el roce. El brazo, según se puede ver en los grabados que ilustran este artículo, es doble, con los bordes afilados, para que oponga al aire la menor resistencia posible, y en su extremidad va sujeto un pequeño aparato volador con un árbol cuyo centro mide exactamente 31 pies 9'9 pulgadas desde el centro del tubo de acero en que gira el largo brazo; de modo que describiría una circunferencia de 200 pies. La fuerza para hacer que funcione el árbol de dicho aparato se transmite por medio de un sistema de tirantes á través del tubo central y los dos miembros del brazo largo, quedando el árbol libre para moverse en dirección longitudinal, movimiento regulado por un muelle en espiral. Al fijar una hélice en el árbol y darle vueltas aceleradamente, el aparato de vuelo puede moverse describiendo una circunferencia de 200 pies; y cualquiera que sea el impulso de la hélice, dicho muelle se comprime según el grado de fuerza, fuerza que marca un manómetro graduado en libras inglesas y colocado en el bastidor que sostiene el brazo. Sujeta al aparato de vuelo va una serie de palancas dispuestas á la manera de escalas de plataforma y á las que se puede sujetar el aeroplano según el ángulo apetecible. Una pequeña máquina de vapor, que se puede hacer funcionar con la celeridad que se quiera, comunica la fuerza. Un *tacómetro* indica el número de revoluciones hechas y un dinamómetro el grado de energía que se emplea. A fin de observar la velocidad ó de obtener al punto la que se desea, la máquina va provista de un ancho tubo de cristal adaptado de tal modo, que á medida que la celeridad aumenta, elévase en él un líquido rojo. En un lado de este tubo hay una escala dividida en millas por hora y en el otro una que señala los pies por minuto.

Cuando se adapta la hélice y la máquina funciona, el brazo comienza desde luego á pasar alrededor del círculo, y manipulando la válvula de la máquina se puede obtener una velocidad hasta de 90 millas por hora. A fin de averiguar la fuerza elevadora de un aeroplano, fíjase éste según el ángulo elegido, aplicándose unos alambres á las esquinas para evitar la fractura. No se sujeta por el centro á la máquina, sino que la extremidad interior es más larga que la exterior, lo suficiente para que ambas se eleven por igual. Las palancas á que se sujeta el plano están en conexión con un dinamómetro, dispuesto de tal modo que merced á él se puede observar la subida mientras el aparato funciona. A fin de obtener el grado de fuerza requerida para impulsar el plano, se hacen observaciones correctas antes de sujetarse aquél. De este modo pude averiguar el grado exacto de energía necesaria para conducir el brazo con todos sus accesorios á través del aire; y después, sujetando el plano y haciendo girar la máquina hasta alcanzar exactamente la misma celeridad, la diferencia en las señales marcadas indicaba el grado exacto de energía requerida para arrastrar el plano. Las hélices que usé eran de madera y de diverso diámetro, desde 17'5 pulgadas á 25'4, é hice experimentos con cincuenta formas distintas, unas de cuatro ramas ó paletas, otras de dos, ora planas ó bien de tamaño variable. Todo el aparato, al que iba sujeta la máquina de vuelo, incluso el largo brazo, su contrapeso, tirantes, dinamómetro, palancas, etc., pesaba unas 800 libras y oponía considerable resistencia al aire.

Un aeroplano de madera delgada, de 12 pies 10 pulgadas de longitud por 26 de ancho, impelido lateralmente, con el lado inferior encorvado $^{1}/_{4}$ de pulgada, colocado según un ángulo de 1 á 13 y con una velocidad de 3.500 pies por minuto, elevó un peso de 53 libras, siendo el empuje de la hélice de 8 libras. Al retirar el plano y hacer girar la máquina exactamente con la misma celeridad, el empuje se reducía á 4 $^{1}/_{2}$ libras; de modo que la diferencia entre esta cifra y 8 era la suma de energía gastada en arrastrar

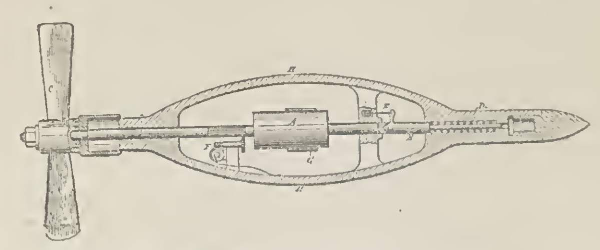


Fig. 3. Sección longitudinal del cuerpo de la máquina. – A, polea asegurada en la barra; B, sumergidor de acero; C, propulsor de hélice; D, muelle en espiral; E, cuerda; F, enlace eléctrico; G, hélice; H, marco de cobre. En este aparato al empuje de la hélice se opone el muelle D. El enlace eléctrico está unido de modo que toque una campanilla cada vez que la espiga da 200 vueltas, y así se puede reconocer si G se desliza sobre la polea.

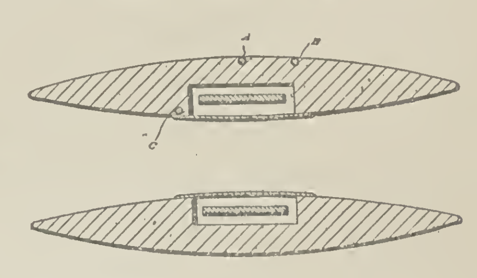


Fig. 4. Sección horizontal de los dos miembros del brazo largo. – A, alambre que relaciona el aeroplano con el ascenso del dinamómetro; B, alambre que se corre al dinamómetro; C, alambres eléctricos.

el plano, la cual energía debía ser de 3 $^{3}/_{4}$. La energía en la diferencia del empuje era 13'125 libras pies, empuje proporcional á 133'2 del de un caballo de vapor. El mismo aeroplano, dispuesto en ángulo de 1 en 12 y movido con la celeridad de 4.400 pies por minuto, llevaba un peso de 100 libras, y cuando traté de aumentar la celeridad, los alambres que mantenían las extremidades hacia abajo se rompieron al punto. El plano se retorció mucho mientras progresaba con esta rapidez, y por lo tanto no fué posible determinar entonces definitivamente el ángulo.

Con un aeroplano de 6 pies de longitud por 12 de anchura, dispuesto en ángulo muy aplanado y con una marcha muy rápida, se pudieron llevar hasta 250 libras; pero este ángulo era tan achatado, que fué difícil mantenerle, pues el plano retemblaba y á veces se retorcía mucho por la presión del aire. Todos los experimentos vinieron á probar que se obtenían los más favorables resultados cuando el ángulo era plano y mucha la celeridad.

Respecto al funcionamiento de las hélices, resultó que una de madera de dos ramas, de 25'4 pulgadas de diámetro, con un grado de elevación ligeramente aumentado y siendo la celeridad de 2.333 revoluciones por minuto, impelía 11 libras á una distancia de 5.700 pies por minuto. Todas las hélices bien construídas resultaban ser útiles; la que dió peores resultados se había hecho exactamente como las que el gobierno francés usa en sus experimentos.

Al practicar mis pruebas observé que si multiplicaba el grado de elevación de la hélice en pies por el número de vueltas dadas en un minuto y por el empuje en libras, y dividía el producto por 33.000, el resultado correspondía exactamente con lo que mi dinamómetro señalaba en el brazo principal. Esto me indujo á creer que había poco ó ningún rozamiento, y en su consecuencia fabriqué una hélice de paletas cuya forma, dimensión y grueso fueron exactamente los de aquellas que yo había probado ya; pero en vez de ser las paletas ó ramas torneadas y de ponerlas en ángulo, eran planas, formando cada cual el sector de un disco, con ambos bordes muy afilados. Al probarlas resultó que mi aparato era tan deli-

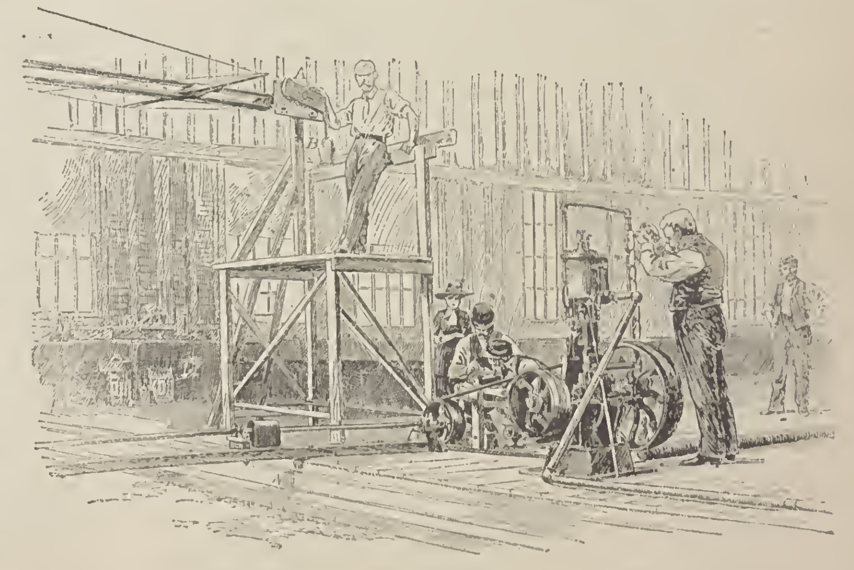


Fig. 6. El experimentador y sus ayudantes probando el dinamómetro

(1) El cuerpo de un ave sin plumas es de 600 á 700 veces más pesado que el aire; estas plumas, que aumentan el aparente volumen, no deben considerarse como un factor, porque no comunican impulso ni son origen de energía.

cado, que el contacto de la punta del dedo con el cilindro movía marcadamente el indicador del dinamómetro, y eso que la fuerza requerida era tan mínima, que aquél ni siquiera la marcaba. Parecería, por lo tanto, que el rozamiento entre el aire y la superficie pulimentada es tan poco, que no se debe tener en cuenta, al contrario de lo que sucede con las hélices que funcionan en el agua. Este líquido, á mi modo de ver, humedece la hélice y se adhiere á la superficie, por muy pulimentada que sea; mientras que el aire, no adhiriéndose, no ofrece prácticamente resistencia. Al comprobar mis experimentos y á pesar de que la circunferencia alrededor de la cual se movían los planos era de 200 pies, resultó, después de haber corrido los aeroplanos algunos minutos, que el aire debajo de ellos se movía perceptiblemente hacia abajo en torno de todo el círculo, sobre todo cuando los planos grandes se corrían con mucha celeridad. Opino, pues, que si mi aparato hubiese progresado en línea recta, de modo que el ángulo no se alterase en lo más mínimo, éste hubiera podido ser mucho menor, disminuyendo proporcionalmente la fuerza empleada. Los experimentos practicados cuando el viento soplaba vinieron á demostrar la exactitud de esta teoría: entonces, la subida de los planos era con frecuencia suficiente para romper los tirantes que los sujetaban á la máquina, y esto á pesar de ser el ángulo muy plano.

El profesor Longley, al debatir la cuestión del vuelo, dijo, según parece, que *con una máquina voladora cuanto mayor fuera la celeridad menos fuerza se necesitaría;* pero algunos ingenieros le han atacado sobre este punto. Los que están familiarizados con la ciencia de navegar con fuerza de vapor por el agua podrían suponer que las mismas leyes rigen para navegar por el aire, pero esto no es exacto. Tratándose de esto último, podremos razonar como sigue: si no se tiene en cuenta el rozamiento, la resistencia de los alambres y del marco al cruzar el aire, porque estos factores son casi insignificantes á velocidades moderadas en comparación con la resistencia que opone el aeroplano, podemos suponer que con un plano dispuesto en ángulo de 1 en 10, y pesando todo el aparato 4 000 libras, el empuje de la hélice tendría que ser de 400. Imaginemos ahora que la velocidad fuese de 30 millas por hora: la energía requerida de la máquina en efecto útil sería de 32 caballos de vapor (30 millas = 2.640 pies por minuto $\frac{2640 \times 400}{33000} = 32$); y agregando 20 por 100 por deslizamiento de la hélice, sería 38'4 caballos de vapor. Supóngase ahora que aumentáramos la velocidad de la máquina hasta 60 millas por hora; entonces podríamos reducir el ángulo del plano de 1 en 10, porque la fuerza elevadora de un plano, según se ha visto, es proporcional al cuadrado de su velocidad. El plano que viaja por el aire á razón de 60 millas por hora, colocado en ángulo de 1 en 40, elevará lo mismo que cuando se halle á 1 en 10 y viaje con la mitad de esta velocidad. El empuje de la hélice debería ser por lo tanto solamente de 100 libras, requiriendo 16 caballos de vapor, en efecto útil para arrastrar el plano. Añádase 10 por 100 por el deslizamiento de la hélice, en vez de 20, puesto que para la rapidez menor aumentaría la fuerza de la máquina requerida á 17'6 caballos de vapor. En estas cifras, por supuesto, no se tiene en cuenta cualquiera pérdida debida al rozamiento atmosférico. Supóngase que se gasta 10 por 100 en resistencia atmosférica cuando toda la máquina se mueve á razón de 30 millas por hora: así se necesitarían 42'2 caballos de vapor para arrastrarla. En su consecuencia, á 30 millas por hora, solamente se emplearía 3'84 caballos por el rozamiento atmosférico; mientras que con la celeridad de 60 millas por hora, la fuerza de máquina para vencer esa resistencia aumentaría ocho veces, ó sea 30'7 caballos de vapor, que con 17'6 daría 48'1 de dicha fuerza para recorrer 60 millas por hora.

De mis pruebas y estudios sobre la materia vengo á deducir: que si se pudiera suprimir el roce, cuanta más velocidad menos fuerza se necesitaría; que con un caballo de vapor se podría conducir un peso de 133 y en ciertas condiciones de 250 libras, y que el mayor grado de fuerza con el mínimo de peso podría obtenerse de una máquina de vapor de alta presión, debiendo ser esta última de 200 á 350 libras por pulgada cuadrada. Ultimamente he construído dos aparatos de esta especie que pesaban 300 cada uno. Cuando estas máquinas trabajan bajo la presión de 200 libras por pulgada cuadrada, y con una celeridad de pistón de sólo 400 pies por minuto, desarrollan con útil efecto en la propulsión de las hélices más de 100 caballos de vapor, siendo dicha propulsión colectivamente de más de 1.000 libras. Aumentando el número de vueltas, y también la presión de vapor, creo que será posible obtener fuerza de 200 á 300 caballos de las mismas máquinas, con una celeridad de pistón que no exceda de 850 pies por minuto (1). Esos aparatos se construyen con acero templado; son de mucha potencia y muy ligeros; pero el nuevo carácter de mis motores consiste en la manera de producirse el vapor. El generador propiamente dicho no pesa más de 350 libras; la máquina 1.800 y el resto del aparato otro tanto. Con el combustible necesario, el agua y tres hombres, el peso se acercaría mucho á 5.000 libras.

Según los resultados obtenidos de mis experimentos, parecería que esa maquina puede conducir un peso, incluso el suyo propio, de 14.000 libras, con tal que la presión de vapor se mantenga á 200 por pulgada cuadrada.

Réstame añadir que espero confiadamente obtener buen resultado á juzgar por mis experiencias y por los conocimientos obtenidos de otras fuentes, tanto que estoy casi seguro de conseguir el objeto, aunque pudiera equivocarme. Sin embargo, se ha de tener en cuenta que durante muchos años los ingenieros y los hombres científicos admitieron que la navegación por el aire se conseguirá apenas descubramos un motor que tenga suficiente energía en proporción á su peso. Este motor se ha encontrado, su fuerza esta probada, su peso es conocido, y por lo tanto parece que estamos ya próximos á obtener una máquina perfecta para navegar por el aire; y aunque yo no consiga mi objeto, paréceme que á la vuelta de diez años alguno lo alcanzará.

En cuanto á la utilidad de este aparato, puede afirmarse que si no para el transporte de pasajeros podrá servir como poderosa máquina de guerra ante la cual quedarán inútiles todos los medios defensivos modernos, así por mar como por tierra, que han costado incalculables millones.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

(1) La celeridad de pistón de una locomotora del tren *exprés* viene á ser de 1.000 pies por minuto.



ABANDONADA, escultura de D. Rafael Atché

COLONIA, LA DEL RHIN

¡Salve, *Colonia!* Estás poblada para mí de las blancas visiones y de los sueños de mi juventud, recordándome el tiempo feliz en que, delante de mis veinte años, un ejército de ilusiones desplegaba las alas de oro, y esperanzas que florecían en mi alma tenían la blancura de la nieve; conservas todavía frescas las huellas de los seres más queridos que ya partieron á los lugares misteriosos en donde todo acaba, y en tu cementerio hay sepulcros que guardan los inanimados restos de los que me impulsaron á rendir culto á los ideales, á realizar el sueño de una vida consagrada al cultivo de las bellas letras y á poner en mis estrofas mi sangre y mi carne. ¡Salve *Colonia*, en que los poetas Wolfgang Müller de Konigswinter, Gustavo Pfarrius, Armando Grieben y Nicolás Nocker, cuyos versos no necesitan la firma de sus autores para ser conocidos, reflejándose en ellos con toda fidelidad los sentimientos de su pueblo, hallaban el color y la nota que conviene á esa grata reaparición de otros tiempos y de otros hombres! ¡Salve, *Colonia*, cuya aurora rompía y centelleaba ya en tiempo de los antiguos romanos! Los blasones de tu historia que te conquistaron el título honorífico de la *ciudad santa*, de la *Roma alemana*, de la joya más preciosa de la corona de Prusia; tu grandiosa catedral que guarda las cabezas de los Reyes Magos cuyas tres coronas ostentas para siempre en tu glorioso escudo; tus magníficas, tus incomparables iglesias (la iglesia grande de San Martín, los Santos Apóstoles, Santa María en el Capitolio y Santa María en Lyseirchen, perteneciendo todas al estilo gótico; San Gereón, que conserva la cripta de los tiempos carolingios, representando en su cúpula la transición del estilo románico al gótico y en su sacristía el estilo gótico; San Severino y santa Ursula) son más que iglesias catedrales; el portentoso arte de tus artistas revelándose en tu famoso *Dombild*, ese lienzo admirado por Alberto Durero, y en el relicario de los Reyes Magos; tus mujeres celebradas en 1333 por el amante inmortal de Laura, que en la víspera de San Juan vió una multitud de bellas jóvenes, encanto de los ojos y tormento del corazón, lavar sus blancos brazos y sus pies en el río, impulsadas por la creencia popular, según la cual toda la miseria que las amenazara en el año venidero se la llevaría aquella ablución; tus glorias enaltecidas por Eneas Silvio, que llevaba la tiara como Pío II; tu río, nuestro Rhin adorado, que parece asombrar á la misma naturaleza; tu alegría perenne, los genios festivos de carnaval, que de un cielo todo sonrisa, de las lagunas de Venecia y de las orillas del amarillo Tíber volaron hacia las risueñas riberas del verde Rhin; el rico dialecto coloñés, que conserva todavía en algunas palabras (1) un eco de España y que continúan usando tus poetas, á cuyos ojos toda toma un tinte local y exclusivo y que parecen decir á una todos: *Nuestro carnaval y Colonia;* el canto de tus numerosas asociaciones corales, entre las cuales ocupa el primer pues-

(1) Por ejemplo, el coloñés *Baselemanes* corresponde al Besamanos español, y la palabra *melocotón* existe, así en el dialecto de Colonia como en la lengua de Cervantes.

to el *Mannergesangverein*, que tuvo los mismos éxitos en Italia que en Inglaterra, valen bien el amor que les profesan tus hijos. Quizá la única cualidad apreciable que poseía la que fué esposa del emperador Claudio y madre de Nerón es el amor de Julia Agripina á su ciudad natal, que le debe su nombre de Colonia Agripina. Te amaba también el emperador Trajano: lo tenías todo, un Capitolio soberbio, suntuosos palacios, baños públicos, un grandioso acueducto, un anfiteatro y casas de campo adornadas de mármol y mosaicos; como el emperador romano te amaba también la madre del emperador Constantino, la emperatriz Elena que, según dice la tradición, mandó erigir tu iglesia de San Gereón, y te quería el emperador Barbarroja, que te dió los cuerpos sagrados de los Reyes Magos. Viviste la vida de la inteligencia bajo los auspicios de tu primer arzobispo, el capellán imperial Hildebold, el ilustre fundador de tu famoso colegio y de la Biblioteca de la catedral; tenías la corte más espléndida cuando ocupaba la silla arzobispal el hermano del emperador Othón I, el insigne Bruno, y ofreciste un asilo á la viuda de Pepino de Heristal, Plectrudis, que construyó la iglesia de Santa María en el Capitolio, así como más tarde fuiste el refugio de la desventurada reina de Francia María de Médicis. Te precias de tener por patrona á la hermosa princesa Santa Ursula y sus santas compañeras las once mil Vírgenes. Tu iglesia de San Pantaleón guarda las cenizas de la griega Reofano, esposa del emperador Othón II, por cuya herencia itálica había de derramarse en balde tanta sangre alemana. Alberto Magno dió timbres imperecederos á tu Universidad, que tenía por discípulo al *Doctor angélico* Tomás de Aquino; tu bandera ondeábase en todos los mares conocidos; los trescientos buques que armaste en 1218 salieron para expulsar los moros del suelo de Portugal; los reyes y emperadores buscaban el favor de tus mercaderes; tu Gürzenich, ese castillo de la Edad media que contiene la más magnífica sala de conciertos del mundo, adornada de preciosos cuadros, vió las fiestas brillantísimas con que en 1235 fué obsequiada la princesa inglesa Isabel, la novia del emperador Federico, y aquellos banquetes celebrados en honor del emperador Maximiliano, aquellas comidas de Lúculo en que se comía en platos de oro y de plata. En ti pasó su infancia tu gran amigo el mago del colorido, el ornamento y orgullo de Flandes, Pedro Pablo Rubens; en ti nació el más renombrado poeta neerlandés Justo Van den Vondel, y en tus cercanías vió la luz primera el héroe



SUEÑO DE AMOR, cuadro de D. José María Tamburini

LA PRIMADONNA, cuadro de H. Temple



El czar eligiendo esposa, copia del celebrado cuadro de Makowski

popular Juan de Werth, eternizado por la canción de Carlos Cramer y por la fuente que se erigió en el Mercado Viejo.

Engendraste varones amantísimos de las artes como los hermanos Boisserée, sabios como el catedrático Fernando Francisco Wallrag, protectores del arte como el generoso comerciante Juan Enrique Richartz, el fundador de tu Museo de pinturas en que se admiran muchos lienzos de la famosa Escuela de Colonia, teniendo carácter propio y marcadísimo, y el retrato verdaderamente ideal de la hermosa reina de Prusia, la angelical Luisa, debido á los pinceles del malogrado Gustavo Richter. Tú meciste la cuna del conocedor más profundo de la vida y de las obras de Goethe, Enrique Düntzer, y la de mi consecuente amigo el distinguido arqueólogo Juan Jacobo Merlo, nombrado doctor á los ochenta años de edad por la Universidad de Bonn. Aún resuenan en tus oídos y en tu corazón los ecos de la gloria tributada por Barcelona á tu maestro Fernando de Hiller, que compartía sus horas entre la pluma y la música, pero que ya descansa sobre sus laureles en tu cementerio de Melaten. Lo que para las Provincias Vascongadas fué Antonio de Trueba y para Valencia los cronistas Vicente Boix, Félix Pizcueta y Teodoro Llorente, era para ti mi malogrado amigo el historiador Leonardo Ennen, y en tus murallas escribió en casa de mi querido abuelo el bibliófilo Carlos Hürxthal nuestro Bretón de los Herreros, Rodrigo Benedix, sus más aplaudidas comedias, que en unión de la de Eduardo de Bauernfeld, ese patriarca de la escena que acaba de fallecer, son las mejores del teatro alemán, revelando las piezas de ambos autores una personalidad poética. Tus glorias todas las reunirá en un friso tu distinguido artista Avenarius.

Tu pasado, Colonia feliz, noble ciudad de los patricios Overstolz y de Weise, está encarnado por el gran arquitecto Gerardo de Riele, que te hizo la capital de Alemania en la que en el siglo XV brillaban los reputados pintores maestro Guillermo y Esteban Lochner, el pintor del *Dombild;* tu esplendor actual lo representa Stübben.

Hoy marcha todo aprisa, como los muertos de la balada. Como por encanto el Sr. Stübben ha creado la Colonia moderna. Ya pasó para siempre la época de los caballerescos torneos, de las justas, de las Cruzadas y de los cerrados claustros; hoy es la edad del vapor, de los tranvías, de las fábricas y de los cañones. Ningún enemigo ha logrado romper tus muros y tus puertas construídas de 1180 á 1210 La edad presente en que hasta la Roma eterna arrojaba su manto regio para vestir el traje de la ciudad moderna, ha respetado tu *Puerta del galo*, que rodeada de un jardín público es con su colosal basamento negro de basalto, con sus ventanas cimbradas en la pared blanca, una perla de la Colonia del día. Han respetado también tu histórica Puerta de Ulrique (Ulrepforte), donde tus ciudadanos fueron atacados en 1268 por los partidarios del arzobispo, el duque de Limburgo y el conde Dieterick de Faltenburgo. Aquella torre que se había convertido en un molino de viento, forma hoy parte de un elegante *restaurant*, siendo único por su mezcla de lo venerable y de lo profano; allí donde tuvo lugar la batalla sangrienta que costó la vida á los valientes Matías Overstolz, Pedro de Judden, Juan de Frechem y al Sr. Armando Von der Ahren, se bebe la cerveza, y los inocentes niños juegan en la parte del antiguo foso, que se ha conservado por encontrarse en ella el llamado monumento de Ulrique en recuerdo de la invasión hecha en la noche del 14 al 15 de octubre de 1268. Otra torre antigua, la *Bottmühle*, se ha convertido en un castillo romántico con un precioso jardín á lo Semíramis. Nada desperdiciaron, así como de un tonel de vino añejo se recoge hasta la última gota.

Sin embargo, la edad moderna ha destruído por la mayor parte el idilio agreste de tus campos verdes, de tus muros cubiertos de hiedra, de tu foso que se parecía á una frondosa selva, pero después de haber llevado á feliz término la empresa más atrevida y más grandiosa de la Edad media, la construcción de tu catedral, á que el profesor Kreuser dedicó sus ingeniosas *Cartas* y Augusto Reichensperger su vida, y cuya mole gigante debe sus piedras á las cumbres de traquita de los *Siete Montes* y que los alemanes amamos con delirio, como el español idolatra á la Alhambra y el catalán rinde el culto más férvido al Montserrat; la edad actual te ha dotado de un *Ensanche* que rivaliza con el de Barcelona, ostentando en sus suntuosos palacios toda suerte de balcones, agimeces, nichos y torrecillas. Eres la colonia moderna en tus bulevares, en tus *Ringstrasen*, siendo la Viena rhiniana, así por tu alegría como por tu magnificencia; pero la Colonia antigua, la de las hermosas iglesias, la de las Casas consistoriales, la de la incomparable Catedral, presenta los gigantes de su magnífica silueta á orillas del Rhin desde tu atalaya *Bayenthurm* hasta la iglesia de San Cuniberto. Y continúan sonando en tu recinto las campanas de tus cien iglesias, de las cuales diré con Rosalía Castro de Murguía:

Si por siempre enmudecieran,
¡Qué tristeza en aire y cielo!
¡Qué silencio en las iglesias!
¡Qué extrañeza entre los muertos!

¡Salve, *Colonia!*, que honrando á los finados, erigiendo estatuas al rey Federico Guillermo III de Prusia, no te olvidaste de los vivos, dando ejemplo á Alemania, pues fuiste la primera ciudad que rindió culto á los que cubrieron de gloria á la patria, Moltke y Bismarck.

¡Salve, sin par *Colonia!* Yo siempre te amaré.

Tus puertas antiguas se hicieron ó museos históricos ó palacios encantados; tienes todavía casas en que penetró un soplo de poesía, como la morada bellísima de tu vate Wolfgang Müller encontrándose á la sombra de la hermosa iglesia de los Santos Apóstoles y hablándonos de un campeón del arte, de un gayo trovador, cuyo numen fecundo inspiraste con el fuego del sagrado patriotismo, y en tu envidiable *Flora*, que como reina tienes por alfombra, hay palmeras que leve viento mece, como en el paseo de Colón de que se precia Barcelona, y oigo el murmullo de la fuente como en la Alhambra, y con sus dulces trinos me recrean los pardos ruiseñores.

Juan Fastenrath

NUESTROS GRABADOS

Cabeza de estudio, cuadro de D. Manuel Felíu. – Felíu forma parte de esa pléyade de jóvenes artistas que tanto honran con sus obras á España y especialmente á la escuela catalana, que en el último tercio de este siglo preséntase potente y vigorosa, cual decidido campeón del renacimiento artístico español. Artista de temperamento, emprendió el cultivo de la pintura con verdadero entusiasmo, que avalorado por sus aptitudes ha podido dar ya excelentes resultados, puesto que como tales han de considerarse las bellas é importantes obras que ha producido. En las páginas de La Ilustración Artística, hemos reproducido varios notables dibujos y el cuadro titulado *El escaño de la parroquia*, que tan justamente llamó la atención de los inteligentes en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Hoy reproducimos otro de sus bellos estudios, en el que se manifiestan sus cualidades de buen colorista y dibujante, ya que si los tonos sobrios á la par que vigorosos son de buena casta española, la corrección de los trazos avaloran la producción.

***

Las bellas artes, techo pintado por D. Antonio Coll y Pí. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Tan discreto como modesto es Antonio Coll, un inteligente artista en el que se hallan armónicamente enlazadas la habilidad y las cualidades del pintor con el sentimiento y la fantasía del poeta. No se limita, cual otros, á reproducir ó copiar la naturaleza tal como á su vista se presenta ó los cuadros vivos que á su alrededor observa; lleva más allá su empeño: siente y discurre, y con el esfuerzo de su imaginación anima lo que resulta frío y presta interés á los cuadros que no ofrecerían más que el de fidelidad de la reproducción.

La sentida composición que con el título *¡Viudo!* dimos ya á conocer á nuestros lectores, es una prueba de cuanto indicamos y de que Coll se inspira en esos grandes dolores, en esos dramas íntimos, que si bien pasan inadvertidos, se desarrollan de continuo, conmoviendo profundamente el ánimo.

La alegoría de *Las bellas artes* que figuró en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, destinada á embellecer el techo de suntuosa mansión, es una de las obras que más enaltecen á Coll, puesto que aparte del estudio que revela, obsérvanse en ella dificultades vencidas y admirables escorzos que sólo á costa de labor y perseverancia pueden realizarse.

***

Abandonada, escultura de D. Rafael Atché. – Rafael Atché es uno de los escultores que figuran en primera línea entre aquellos que á tanta altura han elevado una de las ramas de las bellas artes, que hace algunos años yacía en lamentable abandono. De hermosa fantasía y verdaderamente genial, sorprenden sus obras por el sello especial que en ellas imprime, por un algo bello y grande que revela su alma de artista y su imaginación de poeta. Cultiva el arte con entusiasmo; y como siente y se identifica con sus creaciones, modela con soltura, con valentía, con la grandiosidad del verdadero arte, del que lo es por excelencia y á todos supera. Prueba de ello son sus obras, algunas premiadas en las Exposiciones, ó bien sirviendo de digno remate de artísticos monumentos.

De género completamente distinto es la nueva obra que reproducimos. Elegante en sus líneas, delicada y correcta en el modelado, manifiesta esa fantasía distintiva en Atché, tan propia y exclusiva, que ella basta para que no se confundan sus producciones. *Abandonada* es una preciosa escultura digna de figurar como preciado adorno en aristocráticos y suntuosos salones.

***

Sueño de amor, cuadro de D. José María Tamburini. – Convencido Tamburini de que el arte no tiene límites trazados y que no se halla circunscrito sólo en la buena ejecución, ha empapado su inteligencia en las fuentes inagotables de los humanos conocimientos é impregnado su corazón en la poesía y el sentimiento. Por eso la preciosa rima de Víctor Hugo: «Comme au bout d' une branche ou voit étinceler,» inspiróle el lienzo que tan admirado fué en una de las últimas Exposiciones; la sentida dolora de Campoamor: «¡Quién supiera escribir!,» el precioso grupo del bondadoso párroco y la enamorada doncella, ó bien el que tituló *Esperando*, perteneciente al género en que tanto se distinguen Coomans y Alma Tadema, que demuestra su aliento y brillante ejecución.

En el lienzo que reproducimos, *Sueño de amor*, una sola figura, ó más bien dicho, una preciosa cabeza y un delicado busto bastan al pintor para significar su pensamiento y dar á conocer su valía. La actitud, el colorido, el dibujo, la luz hábilmente combinada, y sus tonos claros resaltando inteligentemente sobre un fondo claro también, contribuyen á hacer agradable y simpática la composición. En los ojos medio entornados de la joven, puesto que tal representa, y en su inclinada cabeza, adivínase que se halla entregada al recuerdo y al sueño de sus amores que la absorben por completo.

***

La primadonna, cuadro de H. Temple. – ¿Se trata de la que acude á casa del empresario para obtener una contrata ventajosa? ¿Es por el contrario la tiple que se presenta en el cuarto de estudio del autor para exponerle quejas por la poca importancia de la *particella* á ella destinada? ¿Sería acaso la mujer que atropellando por todo va en busca del hombre amado para echarle en cara no merecidos desvíos ó para desvanecer celos ó sospechas injustificados? Todo esto puede ser, en nuestro sentir, el cuadro de Temple.

Quizás algún crítico exigente calificará de defecto la especie de vaguedad que el tema ofrece; nosotros, que no pretendemos actuar de tales, haremos caso omiso de esta insignificante falta, y sólo llamaremos la atención sobre las bellezas del lienzo, que no son pocas ni pequeñas. Elegante en su composición, bien entendido en la disposición artística de los personajes, muebles y demás objetos, de ejecución intachable, el cuadro de Temple ofrece un conjunto encantador que recrea la vista, como halagan el oído esas melodías que, sin laberínticas filosofías, llegan muchas veces al alma, produciendo un bienestar dulce é inefable.

***

El czar eligiendo esposa, copia del célebre cuadro de Makowski. – Las dificultades políticas y diplomáticas que actualmente traen consigo los matrimonios de los soberanos, en los que el corazón es nada y la razón de Estado lo es todo, no existían en Rusia en la época á que nos transporta el cuadro que publicamos. El czar, en aquellos tiempos, convocaba á los magnates de su vasto imperio para que, acompañados de sus familias, se presentaran en palacio; y una vez allí reunidos pasaba revista de las hijas casaderas y escogía por esposa á la que más le agradaba y cuya mano, como es de suponer, no le era negada, aunque lo mismo hubiera sido si rehusado se la hubiesen, porque no ha de creerse que aquel autócrata, señor de las vidas y haciendas de todos sus súbditos, altos y bajos, se parara en consentimiento más ó menos cuando de satisfacer un deseo ó capricho suyo se trataba. Es de presumir, no obstante, que el boyardo, conde ó barón ante la perspectiva de tener por yerno á su soberano no había de oponer reparo alguno, y antes bien debía darse por más que satisfecho de que la elección hubiese recaído en su hija. ¿Sucedería lo mismo con ésta? Mucho puede en el alma de una joven el esplendor de un trono, más aún si el trono se halla tan alto y envuelto en tal aureola de privilegios y poderío como el moscovita y si la joven ha aprendido desde su más tierna infancia á no pensar, sentir ni querer más que á la medida de los deseos de un padre que á su vez no quiere, siente ni piensa sino al compás de la voluntad de su rey y señor, como sucedía entonces en aquel imperio. Y sin embargo, quizá alguna de las esposas elegidas por los czares de aquellas edades hubiera trocado el regio solio por el humilde retiro del dueño de sus amorosos afectos.

Sugiérenos estas consideraciones la hermosa composición de Makowski. Una de las doncellas que se disponen á desfilar por delante del czar, más que á las gradas del trono parece acercarse al camino del suplicio; desfallecida, entornados los ojos en fuerza de sufrir y de llorar, pálido el bellísimo rostro, caídos los brazos y casi exánime el cuerpo, que sobre el pecho de su anciana madre se apoya, revela á las claras que la gloria por más de una de sus compañeras ambicionada sería para ella cruento martirio. Y si, como creemos por lo que la historia de Rusia nos describe, el czar representado en el lienzo de Makowski es Iván IV el Terrible, razón no le falta á la infeliz para presentir desdichas y tormentos en lo que su alma, de otro enamorada, había soñado como fuente de goces y venturas.

Este magnífico lienzo de Makowski, de quien reprodujimos en el número 410 de La Ilustración Artística el no menos hermoso *La muerte de Iván el Terrible*, es una nueva prueba del talento con que el célebre pintor ruso domina las masas y atrae la atención sobre los principales personajes; de la maestría con que concibe, dibuja y pinta; de la verdad histórica con que reproduce él indumento, y del genio con que imprime la expresión justa en cada una de las figuras de sus grandiosas concepciones.

***

Idilio de amor, cuadro de Modesto Faustini. – El más pequeño, el al parecer más inofensivo de los dioses del antiguo Olimpo, ha sido, es y probablemente seguirá siendo el soberano que mayor imperio ha ejercido en el mundo. En lo antiguo como en los modernos tiempos, sus flechas se han clavado siempre en los corazones produciendo esas heridas cuyos dolores bastan á calmar una palabra, una mirada, un beso. ¡Un beso! Mágico talismán que enardece la sangre y derrama en el corazón los más dulces bálsamos.

El celebrado pintor italiano Modesto Faustini ha sintetizado en un beso todo el idilio que compendia su delicioso cuadro, y basta ver la expreción de los dos jóvenes amantes para comprender cuán acertadamente ha escogido el autor este tema para presentarnos una historia amorosa de aquel pueblo todo sentimiento, todo arte, cuyas ruinas son el encanto y el asombro de cuantos las visitan.



LA IDEA FIJA

POR PABLO BONNETAIN.—ILUSTRACIONES DE JEANNIOT

I

El comandante retirado Le Sarroix profesaba un absoluto respeto á las leyes de la higiene; lo cual, por otra parte, no era más que simple gratitud, según él mismo decía: «puesto que debía á la estricta observancia de las susodichas leyes el haber resistido victoriosamente treinta y cinco años de servicio, de ellos quince en campaña.»

«Y sin embargo, añadía el antiguo militar, encogiéndose de hombros para abultar su amplio abdomen, yo he debido ser un mal quinto, lleno de alifafes por parte de mi padre. En lo que atañe á mi madre, murió paralítica. No obstante, siempre he tenido costumbres arregladas, y aun siendo joven me he cuidado lo mejor que he sabido. ¡La higiene!... Es preciso, sépalo usted, tener tanto orden para el cuerpo como para los negocios. La limpieza, la regularidad en las comidas, en el trabajo y en el sueño constituyen la higiene. Cuando se cuida del estómago, se cuida la ropa y se llega con exactitud á la oficina, la higiene va en línea recta. Todo consiste en esto: no abandonar la línea recta.»

El comandante seguía rigurosamente esta línea recta, así en lo real como en lo figurado. A las nueve en invierno, á las ocho durante el buen tiempo, nunca más tarde ni más temprano, salía de su casa, situada á la entrada de la calle de Bolonia, y después de enterarse del tiempo que hacía, echaba á andar con el pie izquierdo, todo derecho, sin siquiera pensar en variar de acera. Llegado al fin de la calle, una súbita conversión hacia el ángulo izquierdo y un giro seco de talones le lanzaban á la plaza de Clichy, en una segunda dirección perpendicular á la primera, que tomaba al pie de la estatua del general Moncey. Mediante un brusco «á la izquierda» enfilaba el bulevar exterior y le seguía hasta el parque de Monceau. Allí, desdeñando los senderos que serpentean, nunca abandonaba las grandes avenidas centrales y se sentaba en los días de buen tiempo, para leer los periódicos, que volvía á doblar metódica y geométricamente en severos rectángulos; ó bien distribuía migajas de pan á los gorriones, ó se entretenía en paternal coloquio con los guardas, deferentes con la roseta que llevaba en el ojal. A las once dejaba el parque á paso más lento, con objeto de no sobrexcitar el apetito y llegar á su aposento á las once y media en punto; pero su cuarto de conversión en la plaza y su media vuelta en la esquina de las calles de Clichy y Bolonia se efectuaban como á la ida.

– Victorina, ¿está aviado el almuerzo?

Tales eran las primeras palabras que pronunciaba en el recibimiento, mientras restregaba las suelas de su calzado en la esterilla que había delante de la puerta. Apresurada y gruñona al mismo tiempo, Victorina había preparado las zapatillas, dejándolas al lado del arca de madera en un rincón, bien juntas en un sitio inmutable, sin trocar nunca la del pie derecho con la del pie izquierdo, en dirección normalmente lógica con respecto á la silla en que, siempre de lado, se sentaba su amo.

Y el comandante Le Sarroix, después de haber inspeccionado con una mirada de ayudante de órdenes la cocina entreabierta, entraba en el comedor y se sentaba á la mesa.

Dichosa entonces Victorina, si el viejo retirado encontraba el cubierto colocado á su gusto, el salero entre la chofeta y la botella, el mostacero sistemáticamente de frente, cerca de ésta; porque entonces la chuleta desaparecía pronto sin que aquél criticase la cocción de la misma, y luego los huevos y las sardinas; permitiendo á la criada, después de servir el queso y traer la pipa y bolsa del tabaco, largarse en seguida. Porque ya no volvía hasta la tarde para preparar el cubierto, fregar la vajilla, barrer el comedor y desdoblar el mantel.

Solo Le Sarroix, respiraba á su gusto.

¡Oh! ¡Qué alegría verse tranquilo, en la seguridad de encontrar en torno suyo arregladas las cosas hasta el día siguiente!... ¡Le molestaba tanto el aire que hacía el vestido de la sirvienta y sus continuos vaivenes sacudiendo los muebles, dejando abiertas las puertas, apagando ó encendiendo la lumbre y haciendo ruido con los fósforos!

Una vez encendida la pipa, saboreaba una copita de coñac, cuyas últimas gotas desaparecían á tiempo que caían las primeras sombras de la tarde. Entonces se dedicaba á la lectura, á no ser que tuviera que arreglar sus panoplias.

Porque tenía una hermosa colección de sables, espadas, pistolas y mosquetes que contemplaba con fruición, aunque aquellas armas dos veces centenarias, sin la más mínima raspadura ni picadura de moho, por el contrario, relucientes, evocaban sobre el andrinópolis encarnado de las paredes y entre fotografías de Mac-Mahón y de Conrobert la idea de un baratillo del barrio Louvois.

Le Sarroix limpiaba amororamente el polvo de sus panoplias y frotaba su pulido acero. También á veces, colocado frente al espejo, blandía aquellas armas, tomando actitudes heroicas, marciales, ó recordaba su manejo de ejercicio; pero pronto se desvanecía su alegría infantil con la preocupación de limpiarlas y colocarlas en invariable alineamiento.

Encaramado en una silla, el comandante se apuraba, respiraba con fatiga y se bajaba al suelo para juzgar desde lejos del paralelismo de las armas, corriéndole el sudor por la frente, marcando la exagerada prominencia de una especie de berruga producida por el roce del chacó y que no había conseguido reducir en el espacio de treinta años.

En fin, sea como sea, podía contemplar sus tesoros apoyado de codos en su pupitre.

Averiado, mazizo, sin elegancia, este pupitre estaba al lado de un estante lleno de cartones y papeles, que hacíanle parecerse al anaquel de una oficina. Sobre el pupitre veíanse plumero, raspador, ovillo de cordel encarnado, tintero inderramable, arenilla, calendario, agenda, pedazos de pan para borrar, alfileres, reglas, escuadras, limpiaplumas, todo esparcido á intervalos regulares, que indudablemente recordaban al antiguo militar toda su carrera. De seguro, en aquel *maremágnum* veíase simple cabo agregado al vestuario, sargento segundo del habilitado, ayudante de Caja, oficial, subteniente portabandera, encargado del acuartelamiento y finalmente mayor y comandante. A pesar de todo, allí no se veían papelotes; la papelera estaba casi vacía y vacías veíanse también las carpetas.

En un cajón de la mesa que sostenía el pupitre guardaba las órdenes que había recibido, con su antigua *hoja*, sus títulos de pensionista, su última dragona, sus primeras charreteras, sus espuelas casi nuevas por causa de sólo montar á caballo en dos revistas de inspección y no usarlas nunca.

A decir verdad, el comandante nunca escribía. Siempre limpia, su pluma sólo servía para tomar la cuenta á Victorina todos los sábados, sirviéndose para las demás cosas de un lápiz rojo que afilaba todas las mañanas durante un cuarto de hora. Pero amaba su pupitre, su cartera y sus apuntes como partícipes de su vida; cuando es probable que en otro tiempo, en el regimiento los hubiera detestado. Limpios y relucientes todos los objetos que le rodeaban, nunca para él demasiado relucientes ni bastante limpios ni suficientemente fijos en su sitio, se destacaban sobre la baqueta verde de la mesa y del pupitre.

Además, este pupitre le servía para sus lecturas. Excepto treinta y nueve Anuarios de su carrera militar, clasificados en orden riguroso, y de algunas *Teorías*, su biblioteca sólo contenía una serie de Enciclopedias en abultados volúmenes poco manejables. El gran Diccionario de Larousse ocupaba el sitio de honor. Cuando dejaba sus armas, Le Sarroix tomaba un volumen, el primero, y resueltamente, sin saltar ni una línea, leía una ó dos páginas.

Sorprendíanle frecuentes modorras, sobre todo en verano, pero las resistía «por higiene» A través del texto impreso en caracteres demasiado menudos, confundía las ideas una con otra á cada cambio de materia que leía. Los nombres, historias y hechos le admiraban un instante; ó bien, no comprendiendo ciertas cosas, se limitaba pacientemente á releerlas, no encontrando el principio del pasaje difícil, perdida la mirada entre el fárrago de letras, buscando al azar un nombre ó una fecha que le interesaban, hipnotizándole al propio tiempo.

A las cuatro menos diez cerraba el libro, le colocaba en su sitio y contemplaba con una especie de melancólico azoramiento la línea de volúmenes.

«¡No, no viviría el tiempo necesario para leerlos todos!»

Inmediatamente después se entregaba á una minuciosa limpieza, se aseguraba con una mirada de que dejaba la casa en orden, y puesto de veinticinco alfileres, como suele decirse, salía para dirigirse hacia París, invariablemente por la calle Blanca.

¿Adónde iba?

Victorina lo ignoraba, y de aquí provenían sus comentarios con la portera: «Seguramente el viejo verde debía tener algún trapicheo en la ciudad.»

Un vecino que le encontró en el bulevar le había visto entrar en el café del Helder y sentarse con otros antiguos militares. Pero ¿era esta su costumbre cotidiana? En todo caso, desde las siete podía reconstituirse su vida, pues Victorina había recibido la orden, una vez para siempre, de llevarle su correspondencia á casa de su hermana, rentista y viuda, que habitaba en la plaza de la Trinidad. Desgraciadamente, esta correspondencia se limitaba á algunas esquelas de convocatoria de la *Sociedad fraternal de jefes y oficiales retirados*, y la sirvienta no había podido penetrar más allá de tres veces en un año en la casa de la hermana de su amo.

«En casa de la viuda se vive en grande. La criada gana cincuenta francos de salario. El señor se disponía á jugar á cartas...»

A las once en punto, Le Sarroix volvió á la calle de Bolonia. Todas las mañanas Victorina encontraba sobre la mesa de noche una ó dos monedas de cincuenta céntimos, procedentes de la ganancia del *whist* de la víspera. «La parte de los pobres» que el comandante le dejaba para que la distribuyera con inteligencia, pues él nunca daba por su propia mano limosna, temeroso de ser víctima de algún farsante.

II

Una mañana, el retirado, que no se fijaba nunca en los incidentes de la calle, vióse obligado á detener su paso en la calle de Bolonia al salir de su casa. Un camión se esforzaba para entrar por una puerta cochera, sin duda demasiado estrecha, y el caballo interceptaba la acera.

Bajar por el arroyo no era del agrado del paseante. Esperó, pues, á que el vehículo pasara, y luego echó á andar. Pero su paso no era el mismo, le vacilaban las piernas, y su bastón, que unas veces blandía y con el que otras golpeaba las puertas, denunciaba una preocupación casi inquieta. De repente, el antiguo oficial hizo una cosa insólita: una media vuelta, una media vuelta completa, para desandar el camino.

Victorina le observaba desde la carbonería, y por poco en su asombro deja caer su cesta. ¿Sería que el señor, contra su costumbre, volvería de improviso á su casa? Pero no. Se detuvo junto á la puerta cochera, quedóse plantado delante de una verja, mirando la casa que en el fondo de un jardincito por aquélla cerrado se levantaba. Luego, haciendo otro cuarto de conversión, continuaba su paseo de prisa, como para ganar el tiempo perdido.

Al echar á andar á su vez Victorina, preocupada, se detuvo también delante de la verja. ¿Sería alguna mujer lo que había llamado la atención de su amo? ¿Sería algún anuncio de alquiler?... Pero la fachada de la casa estaba virgen de anuncios, desierto el jardincito y en la única pieza cuya ventana abierta permitía ver el interior no había nadie. El cuarto bajo estaba solitario. Además, demasiado sabía Victorina que hacía meses que el único habitante de la casa era el portero. «¡Bah!» dijo encogiéndose de hombros. «Será alguna chifladura del amo.» Y se alejó, no sin volver varias veces la cabeza.

El comandante, entretanto, se dirigía hacia el bulevar exterior. También él habíase encogido de hombros, con ese ademán que se hace para desechar una preocupación que se supone inútil; su bastón, girando en un molinete, traducía el pensamiento del antiguo militar:

«Después de todo, ¿qué me importa?»

Y apretaba el paso.

Una vez en el parque de Monceau, leyó los periódicos. Después se encaminó á su casa con su aspecto acostumbrado; mas he aquí que al llegar á la calle de Bolonia, frente á la verja de la casa aquélla, un impulso desconocido hízole volver la cabeza, obligándole á detenerse y á echar una mirada al interior.

Cuando volvió á su casa cinco minutos después, Le Sarroix estaba de pésimo humor. Encontró quemada la chuleta, el huevo poco cocido, y con manos temblonas varió la colocación de los diferentes objetos que cubrían la mesa. En seguida fué á inspeccionar sus panoplias y permaneció más tiempo que de costumbre arreglándolas, descontento de su colocación en la pared. A las cuatro menos cinco todavía estaba ocupado con sus armas; luego se encaró con las fotografías de Canrobert y de Mac-Mahón, cuyos cuadros no le parecieron estar exactamente perpendiculares, y cuando el reloj dió la hora se sobresaltó. Este retraso, el primero desde que se hallaba instalado en aquella casa, pareció espantarle.

Trató de asearse: no encontraba la ropa que buscaba ni los cepillos en su cuarto de vestir. Prorrumpió en interjecciones, y sencillamente se persuadió de que su vida acababa de experimentar un desarreglo molesto.

A la mañana siguiente, cuando salió á dar su «paseo aperitivo» sintió una vacilación de dos segundos al transponer la puerta de su casa. Sin embargo, el tiempo estaba soberbio.

«¿Tomaré por la izquierda para no ver esa casa, esa persiana abierta? Sí, pero á la izquierda...»

La costumbre pudo más en él y le impulsó hacia la decrecha, haciéndole seguir su acera habitual.

Cuando llegó delante de la verja, volvió vivamente la cabeza á otro lado y fijó la vista en el suelo, con tanta atención, que no reparó en una lavandera y tropezó con el talego que llevaba.

– Perdone usted, señora.

– No hay de qué.

Y vencida su voluntad por la casualidad, cómplices de sus deseos las circunstancias, Le Sarroix, algo avergonzado de sí mismo, lanzó á la casa del jardín una furtiva mirada.

La ventana estaba abierta todavía, era muy baja y enteramente bañada de sol.

El viejo retirado veía todo el fondo de la habitación, la chimenea llena de chucherías, el espejo en el cual, alzándose un poco, hubiera podido hacer reflejar su semblante, un cuadro que había en la pared; y todas estas cosas penetraron en él, se fotografiaron en su cráneo, mientras se alejaba de allí apresuradamente y con aspecto furioso.

Aquel día el comandante no volvió á su casa por la calle de Bolonia. Al pie de la estatua del general Moncey su bastón describió un vigoroso molinete.

«Sería muy animal, pensó, si me expusiera á volver á ver *aquello*.»

Y como aliviado de un peso, habiendo tomado una resolución, orgulloso de su fuerza de voluntad, continuó andando por el bulevar exterior hasta que llegó á la calle Blanca y entróse por ella.

Almorzó tranquilamente. Hasta no reparó en la oblicua posición de uno de los rabaneros; pero se levantó dos veces para rectificar la horizontalidad de un paisaje que estaba clavado en la pared frente por frente de su asiento y que le pareció algo ladeado.

Ya en el salón, su primera mirada fué para los retratos de Canrober y Mac-Mahón, que no habían perdido el paralelismo de sus cuatro costados con el de las panoplias, el techo, el pavimento y ventanas.

Inmediatamente después leyó, ó por lo menos se esforzó en leer, pues á cada instante una idea hacíale levantar los ojos.

Los días siguientes transcurrieron del mismo modo. Tanto á la ida como á la vuelta, el comandante no pasaba por delante de la verja y cada tarde se prometía hacer siempre lo mismo; pues una vez frente á la casa, hiciese lo que hiciera, sentía un impulso que le obligaba á fijarse en una ventana del piso bajo: siempre la misma.

Si estaba cerrada, el antiguo militar exhalaba un suspiro de desahogo entrecortado en seguida por una inquietud. Entonces volvía la cabeza y alguna vez retrocedía, diciéndose:

– ¿Si habrán abierto la ventana?

Por el contrario, si la hallaba abierta acometíale un estremecimiento. Su boca se crispaba y salían de sus labios palabras incoherentes é interjecciones de impaciencia que silbaban á través de sus viejos bigotes, sin que no obstante consiguiera separar sus miradas de aquella fascinadora habitación.

Después se separaba de allí, mediante un gran esfuerzo, casi corriendo y con aspecto colérico.

– ¿Quién es el *paisano* que vive ahí más arriba, en el número 122?, preguntó un día á Victorina.

Esta lo ignoraba.

– Pues es preciso saberlo.

La criada bajó á informarse y volvió diciendo:

– Es un pintor, M. Venot, que ahora viaja por Italia y no volverá lo menos en seis meses.

– ¡Ah!, murmuró el comandante, y no dijo más.

Y continuaron sus paseos y aumentóse la manía que le obligaba á detenerse todas las mañanas delante de la ventana de aquella casa.

Cada día deteníase más tiempo. Primero un minuto, luego dos, luego cinco, después diez. Por último, el portero se fijó en él, lo cual notó Le Sarroix, y en vez de disgustarle le sirvió de satisfacción.

– ¡Bonito jardín, buen hombre, para jardín de París!

El portero, halagado, sonrió, bien predispuesto por la roseta encarnada del comandante, y se llevó la mano á la gorra.

– ¡Vaya un cigarro!

Las relaciones estaban ya entabladas.

– Desde entonces, olvidándose del parque de Monceau, el retirado pasaba y repasaba por delante de la verja, acechando al portero para hacerle hablar. Fruslerías: el tiempo, el jardín, la duración probable de la ausencia de M. Venot; pero sobre todo el jardín. La oferta de un cigarro terminaba casi todos los días la conversación. El portero, agradecido á estas finezas, dijo un día al comandante, que hacía elogios de las lilas del jardín cultivado por él, pues tenía también el oficio de jardinero:

– Puesto que el señor se interesa por mi trabajo, puede juzgar por sí mismo, si le parece...

Y abrió la verja, por donde entró Le Sarroix, encarnado de felicidad y quizá también de vergüenza.

Sin escuchar al potero, contemplaba su ventana y se encaminaba hacia ella. La prudencia hízole disimular su interés y le inspiró una estratagema de que se sintió orgulloso.

– ¡Qué precioso hotelito!... Estilo Luis XIII, ¿no es así? Dígame usted: ¿querría alquilármele su amo de usted? ¿Cuánto renta?... ¡Oh! ¡Qué linda marquesina... y esas glicinas alrededor de las ventanas!...

El comandante tocaba una de éstas, la que le preocupaba y que estaba abierta; y crispadas las manos sobre la barra de apoyo, devoraba con la mirada el interior... Entonces un proveedor, cansado de llamar con la campanilla, lo hizo á voces. El portero acudió, y al antiguo militar no le pareció conveniente excitar sospechas en aquél y salió en su compañía. Fuéle preciso arrancarse á su encanto, y preocupado, casi sin oir lo que le decía el portero, se plantó en la calle, llevando en sí la obsesión más fuerte, más exacta de aquella pieza vacía cuyas paredes acababa de tocar.

Vuelto á su casa, el retirado no pudo comer, ni leer, ni ocuparse de sus armas. Por la noche durmió mal, y á la mañana siguiente á las nueve estaba frente á la verja.

– ¡Ah! Caballero, no hay necesidad de insistir, le dijo el portero. M. Venot no quiere alquilar su hotel...

– ¿Lo cree usted así?, balbució el comandante desazonado. ¡Ah! ¡Dios mío!, repuso, tomando una resolución repentina. Voy, amigo mío, á decir á usted lo que me ha impresionado, lo que me ha obligado á fijarme en esta casa y por consiguiente á desearla.

Y luego, señalando con la mano, prosiguió:

– Es esto, vea usted...

Y al mostrar la ventana, hizo al portero que le siguiera y le habló por lo bajo. Sus dedos, metidos en el bolsillo, acariciaban una moneda de veinte francos, que no sabía cómo ofrecer á aquél. Estaba de color de escarlata, y el sudor inundaba su frente.

Mas el portero no le dejó acabar.

– En cuanto á eso, ¡nunca, nunca! La madre de M. Venot ha muerto ahí el invierno pasado, y su hijo me ha prohibido dejar entrar á nadie, excepto á mi mujer, que fué doncella de la difunta. Ella tiene la llave y sólo entra para airear la habitación, en donde nada se ha variado, absolutamente nada. Si resucitase la anciana señora, aún encontraría su tapicería intacta, así como también el braserillo en el mismo sitio... No, no, no quiero exponerme á perder mi colocación.

– Pero usted mismo, tartamudeó Le Sarroix, usted mismo podría...

El portero movió la cabeza, y como si le hubieran asustado las miradas que el retirado lanzaba al interior de la pieza, cerró bruscamente las persianas.

El antiguo mayor se fué, siempre con el luis entre los dedos, sin decir una palabra y con la cabeza baja.

Cuando entró en su casa, Victorina en tono irónico le preguntó si estaba enfermo: su amo no se había quitado la levita ni tomado sus zapatillas. Le sirvió la comida, que el retirado no probó; y como aquélla insistiese en su pregunta, vejada en su amor propio y orgullosa del rumpsteak que había confec-

cionado, Le Sarroix se encolerizó, siendo grosero por la primera vez en su vida

La sirvienta, admirada y ofendida, no se mordió la lengua y acabó por poner sobre la mesa el libro de sus cuentas, diciendo á su amo que la arreglara la suya, pues no quería servir en casas de locos.

Le Sarroix se levantó furioso, pero vió su imagen en el espejo: sus ojos extraviados, su aspecto amenazador, y volvió á sentarse ó más bien á dejarse caer en la silla.

Durante un minuto permaneció con la cabeza entre las manos; después dijo sin levantar los ojos:

– Perdón, Victorina, he faltado... dispens... (la palabra no quería salir); dispénseme usted, exclamó al cabo, con el semblante apoplético, y mientras la criada recogía lo que por sus salarios le correspondía, corrió á encerrarse en su habitación.

Apoyada la cabeza en el diván, despechugado, con la boca seca, murmuraba palabras inconexas.

No, no estaba loco... esa mujer no podrá saber... Un loco no podría discurrir como él discurría, no tendría como él la conciencia del estado en que se hallaba: la conciencia de su impotencia. Porque él luchaba y un loco no lo hace... Verdaderamente, sería mejor que estuviese loco: no sentiría aquella angustia, aquel sufrimiento moral que desde algunos días le sumía á cada momento en la desesperación.

En aquel mismo instante, ¿no se avergonzaba de la idea que le atormentaba?

¿Por qué ahora su fuerza de voluntad hacíale traición todas las mañanas? ¿Para qué delante de sus ojos se presentaba siempre aquella ventana, aquella pieza desocupada y casi constantemente abierta?

Era oficial de la Legión de honor, jefe del ejército francés, oficial superior, toda su vida había sido rectilínea... ¡Oh, sí, rectilínea... rectilínea... la línea derecha, derecha, ab-so-lu-ta-mente derecha!... y he aquí que ahora soñaba con cometer una acción vergonzosa: ¡él, Juan Le Sarroix; él, mayor del ejército!

El infeliz sentía su voluntad desfallecida y su inteligencia desequilibrada... ¿Y las consecuencias? Después de haberse llegado á tan bajo como á humillarse ante su criada, el portero y la criada parecía como que le abofeteaban con la idea de un crimen.

¡Un crimen!

¡Ah! ¡Sí, sería un crimen!

El comandante, muy pálido, se levantó violentamente del diván.

«¡Nunca!», exclamó.

¡No, jamás! Iba á huir, á distraerse, á permanecer al lado de su hermana, á mudarse de casa si era preciso.

– Victorina, me voy.

No volvió á parecer por su casa hasta pasados tres días. Para quedarse en la de su hermana había fingido una enfermedad; pero no se había atrevido á pedirle continuar en su compañía. El cobro de su pensión se aproximaba... Entonces podría mudar de casa, y después... Enfurecido, se resistía á confesárselo á sí propio. Desde la primera tarde de su descubrimiento atraíale invenciblemente la calle de Bolonia. ¡Ver aquella casa, la ventana!... Pasaría de prisa.

Victorina le encontró más delgado, más viejo: había sufrido.

Sin embargo, no dió aviso de que dejaba la habitación, y descuidó ocuparse de su futuro alojamiento. Habíale vuelto su fascinación por la maldita casa, la ventana y la pieza deshabitada. Luchó aún algunos días: no salía ó salía en coche, expiando sus momentáneas victorias con una angustia más cruel al siguiente día.

Diseñábase en él una cosa que no acertaba á explicarse, según se decía hablando solo; una cosa que exigía una pronta expansión: era un deseo intenso, apasionado, una titilación de su voluntad vacilante, una irresistible necesidad que satisfacer. ¡Oh! ¡Sí! Atravesar la verja, correr, llegar á aquella ventana, saltar á ella, encontrarse en aquella pieza...

Le Sarroix no terminaba sus reflexiones. Metía la cabeza en su jofaina llena de agua ó pedía un baño de pies muy caliente. Sentía su idea hervir en su cabeza. A haber sido posible hubiera salido inmediatamente para ponerla en ejecución. ¡Cuán dichoso sería después! ¡Con qué placer respiraría!

Mientras tanto, pasaba ocho ó diez veces al día por la calle, con aspecto indiferente, pero acechando constantemente la casa que se veía en el fondo del jardín.

Un domingo por la mañana, á tiempo de almorzar, se levantó de la mesa impulsado por una fuerza desconocida: era preciso que viera inmediatamente la ventana. Llovía á cántaros y esperó un momento. Por fin se lanzó á la calle, que estaba desierta y como barrida por el temporal y además por ser la hora del almuerzo. Como dudara todavía en seguir adelante, por lo correcto que era y cuidadoso de la higiene, mucho más habiendo olvidado su impermeable, detúvose un momento, durante el cual vió pasar al portero de M. Venot dando el brazo á su mujer, vestidos ambos de veinticinco alfileres y con aspecto de ir á alguna fiesta. El comandante viólos atravesar el arroyo, cobijados bajo el paraguas, entrarse por la calle Blanca y perderse de vista. Sintió latirle violentamente el corazón y extraviársele el pensamiento.

«¿Quién había quedado al cuidado de la casa?»

Con un movimiento maquinal quitóse su roseta, y luego de un brinco se echó á la calle á pesar del chaparrón que caía. Encontró la verja entreabierta; entró, corrió, hallóse delante de la ventana; tiró de las cuerdas de las persianas, que se levantaron en seguida; encaramóse sobre el alféizar, y por último, con la cabeza descubierta y chorreando agua, se dejó caer dentro de la habitación...

Al levantarse oyó voces de «¡Ladrones! ¡Ladrones!»

No oyó más, nada más que el ruido de la verja que se cerraba violenta y estrepitosamente; y el flujo y reflujo de su sangre golpeándole las sienes y haciéndole zumbar los oídos.

Guarecidos del chaparrón en el portal frontero, había dos individuos de orden público, que atraídos por las voces, penetraron inmediatamente en la casa, y cogieron al comandante por el cuello.

Intentó hablar, defenderse; pero sus ojos se fijaron en su solapa, de donde faltaba la roseta.

Su roseta, ¿quién se la había quitado?... ¡Basta, Dios mío, basta!... Y no acordándose de nada, enloquecido, con la vista extraviada, perdido de barro y en estado lamentable, dejóse conducir á la Prevención. Afortunadamente la calle estaba desierta y sólo le siguió un pilluelo.

III

– Robo presunto; información sobre el estado mental... ¿Persiste usted en no querer responder?, dijo el juez, tirando sobre la mesa el proceso verbal que le había remitido el comisario de policía.

El comandante Le Sarroix quiso hablar, aunque tartamudeando, pero sólo consiguió proferir palabras incoherentes. Inundados los ojos de lagrimones, miraba incesantemente á la solapa sin su roseta. En el depósito, encerrado en su celda, había encontrado su perdida condecoración. La oprimía en su mano, que tenía metida en el bolsillo, hasta el punto de incrustarse en la palma el botón; pues en medio del naufragio de sus ideas, sobrenadaba la de querer ocultar aquel distintivo á toda costa, y á veces la tentación de ponérselo, de rehabilitarse, de lavar su pecho y levantar erguida la frente; pero resistía humillado é indignado al mismo tiempo.

Le obligarían á identificar su persona, tomarían declaración á sus camaradas de ejército, á su hermana... Esta vendría á visitarle al depósito... Le verían en poder de la policía... ¡Oh! ¡Jamás!

Y cada vez más exaltado contemplaba su traje sucio, sus puños arrugados y el barro que le salpicaba, mientras el magistrado escribía. ¡Verse él así; él, tan correcto, tan respetuoso de todas las higienes!

Lo que más le desesperaba era el verse con la cabeza descubierta; su sombrero se había quedado en la funesta casa, al otro lado de la ventana, caído en el suelo... ¡Oh! ¡Qué limpios son estos guardias de orden público; qué bien cepillados y apuestos!

Desgraciadamente un municipal insensible á esta admiración se le llevó, y Le Sarroix se vió pocos momentos después dentro de la enfermería del depósito. Pero en fin, allí pudo lavarse, cepillarse y volver á ser hombre. Sus ojos volvieron á adquirir claridad. Contuvo sus sollozos, enderezó el cuerpo, y con la razón recobrada surgió en su mente una esperanza; y cuando salió del *Water-Closet*, se atrevió á ponerse por segunda vez su roseta.

– ¡Cómo es esto!, exclamó una hora después el médico alienista, encargado de reconocerle. ¡Es usted, mi comandante!

El retirado sollozaba.

¡Todo había ya concluído! La fatalidad hacía presa en él; aquel médico solía ser todas las tardes compañero suyo en la partida de *whist*. Sólo faltaba hacer avisar á su hermana y convocar á sus amigos del café del Helder, al comité de la *Sociedad de antiguos oficiales* y á toda la calle de Bolonia.

¡Haber sido reconocido!

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!, exclamó dejándose caer en un sillón.

– ¡Vamos, Sr. Le Sarroix, tenga usted ánimo! El médico se apresuró á tomarle el pulso y á hacerle oler un frasco de sales.

– ¡Vaya!, esto va mejor. Ahora cuénteme usted...

¡Oh, sí, lo contará, es preciso que cuente su historia. Esto le servirá de desahogo; y luego podrá morir.

En seguida, una vez lanzada la piedra, lo dijo todo, su obsesión, sus luchas y de qué modo había cometido el... delito.

– Ahora, dijo cuando hubo concluído de hablar, y más bajo todavía, que hagan de mí lo que quieran. ¿No es hoy día de Santa Ana?

– Calle usted, comandante, replicó el doctor, que desde hacía un rato estaba escribiendo. Dentro de cinco minutos estará usted en libertad; el tiempo preciso para poner cuatro letras.

Las cuatro letras fueron algunas más.

La pluma corría, y el doctor, mascullando las palabras inconscientemente, leía alto á tiempo que escribía, á fin de concluir más pronto:

«Locura degenerada, forma maníaca sencilla... Herencia marcada; abuelo alcohólico, muerto en los Inválidos; padre anémico, espíritu débil; madre muerta de parálisis; hermanos más ó menos dementes...»

Cuando hubo acabado, exclamó agitando el papel:

– Ya está. Pronto le pondrán en libertad.

El comandante Le Sarroix estaba radiante de alegría.

Aproximóse á la mesa de despacho, tendió la mano al doctor, dejó escapar un «¡gracias!» lleno de efusión, y luego repuso en su tono habitual:

– Hay que echarle polvos para que se seque.

Y tomando tranquilamente la salbadera, alargósela á su salvador.

El médico echó polvos al escrito, fresco todavía, sonriendo de un modo particular.

Una hora después, habiéndose recibido la orden de libertad, el alienista acompañó hasta la puerta al comandante.

– A propósito, le dijo cuando le dejó instalado en un coche de plaza, conviene que se cuide usted, se distraiga y se mude de barrio.

– Voy á vivir á casa de mi hermana, mientras trasladan mis muebles.

– Está bien; pero es preciso no recaer. Yo en lugar de usted viajaría, para evitar el volver á pasar por la calle de Bolonia; porque en fin, querido amigo, si el caso de usted ha presentado todos los síndromas clásicos, como son: obsesión, impulso é irresistibilidad, conciencia completa de su estado y angustia concomitente, falta... falta el sexto carácter; indispensable á la historia de la... de la... leve monomanía de usted; esto es, la *satisfacción consecutiva*.

Y diciendo así, examinaba con fijeza los ojos del enfermo, esperando un arranque por parte de éste; pero Le Sarroix sólo manifestó una sonrisa placentera, que salía del fondo de su corazón dilatado por la felicidad.

– No, querido doctor, no tema usted nada, dijo, esto se ha acabado. No volveré á pasar por la calle de Bolonia, pero sólo por amor propio, pues no temo una recaída. La he tenido pasajera, muy pasajera; mas he conseguido esa satisfacción consecutiva. Cuando han acudido los agentes, el golpe estaba dado: había ya puesto el cuadro derecho al lado del espejo. Derecho, ¿comprende usted?; ¡ri-gu-ro-sa-mente, geo-mé-tri-ca-mente derecho!

TRADUCIDO POR F. MORENO GODINO

SECCIÓN CIENTÍFICA

FÍSICA SIN APARATOS

LA DILATACIÓN DE LOS CUERPOS MALOS CONDUCTORES DEL CALOR

Vamos á explicar un experimento de física sin aparatos verdaderamente original, pero más original aún



Dilatación de los cuerpos malos conductores del calórico

es la descripción que de él hace el *Scientific American*, de donde lo tomamos.

«Ctesibius dice á su discípulo:

– Herón, ¿quiere usted un vaso de soda? (agua de Seltz).

– Como usted quiera, contesta Herón.

En vista de esta respuesta, Ctesibius saca una botella de vidrio de extraña forma, con un fondo cónico grueso y que contiene un líquido que se dice ser agua de Seltz.

– Aquí está la soda, Herón; ahora es preciso beberla sin quitar ni agujerear el tapón y sin romper el cuello de la botella.

Herón rascóse la cabeza, y dando vueltas entre sus manos á la botella, respondió:

– Ya sabe usted que soy fuerte en matemáticas, en mecánica, en pneumática y en hidráulica; mas á pesar de todo esto, no encuentro solución al problema.

– Calor, dilatación desigual, exclamó Ctesibius con impaciencia.

Herón, que era un alumno inteligente, no necesitó más explicaciones, y encendiendo una bujía aproximóla al extremo cónico de la botella, cuyo fondo en menos de un minuto cedió, rompiéndose en forma circular, y empujada por la presión interior desprendióse, dando paso á un chorro del agua de Seltz que contenía.»

El grabado que publicamos indica el modo de efectuar el experimento.

* * *

LOS AUTÓMATAS (1)

LA OBRA DE ROBERTO HOUDÍN

El inventor más fecundo en punto á autómatas es indudablemente Roberto Houdín, todas cuyas creaciones llevan un sello de originalidad indiscutible, y han sido en su mayoría copiadas una y cien veces, lo cual es la mejor prueba del éxito y de la justa nombradía que alcanzaron. Esta popularidad adquirida por el hábil mecánico y la importancia de su obra bien merecen que se le dedique un capítulo especial.

En nuestro anterior artículo dijimos que había reparado la mayor parte de los autómatas conocidos; dejando, pues, á un lado estas piezas, vamos á describir sus principales creaciones personales.

Una de las más notables y menos conocidas es el escribiente dibujante. Hemos tenido la suerte de examinar un dibujo ejecutado por el mismo Roberto Houdín para la construcción de esta pieza. El autómata representa á un marquesito vestido á la Luis XV y sentado delante de una mesa del mismo estilo con un tintero, sostenido todo por un delgado pedestal.

El escribiente dibujante respondía por escrito á cierto número de preguntas inscritas en unas pequeñas tablas: bastaba introducir la pregunta en un cajón y colocar una hoja de papel sobre la mesita; en seguida el personaje mojaba la pluma en el tintero y escribía ó dibujaba. Si se le preguntaba quién era su creador, contestaba: «Roberto Houdín,» y á las preguntas de cuáles eran el más veleidoso y el más fiel, respondía dibujando una mariposa y una perra lebrela. Por este autómata extraordinario M. Giroux, en 1840, pagó anticipadamente y sólo ateniéndose á la descripción 5.000 pesetas; ignoramos lo que ha sido de él. Roberto Houdín refiere que se vió obligado á aislarse por espacio de un año para construir esta obra maestra y que hubo de esculpir él mismo la cabeza, pues el escultor no acertó á dar á ésta la expresión que él había imaginado. Para ello, y como no sabía modelar ni esculpir, tuvo la paciencia de colocarse delante de un espejo y de ir copiando y modelando los rasgos de su propia fisonomía, de tal suerte que cuando la obra estuvo terminada resultó ser el retrato del autor.

Otro autómata muy curioso es el pastelero del Palais Royal (fig. 1) que salía de su tienda trayendo lo que se le pedía, volvía á entrar en ella y volvía á salir trayendo la vuelta de la moneda que se le había confiado. Esta obra mecánica, como otras muchas de Roberto Houdín, era automática y además recibía secretamente ciertos impulsos del prestidigitador.

Construyó también algunos autómatas acróbatas, entre los cuales citaremos los dos autómatas Auriol y Debureau que ejecutaban juntos varios ejercicios, terminados los cuales, el primero fumaba y el segundo tocaba el flageolé; otro que bailaba sobre una cuerda, y otro (fig. 2) que lucía sus habilidades en el trapecio, saltando luego al suelo para demostrar que se movía por sí solo, puesto que estaba completamente aislado del aparato.

Algunas piezas mecánicas, entre ellas el pastelero antes citado, fueron concebidas y ejecutadas para ser presentadas en el teatro y como complemento de experimentos de prestidigitación: uno de estos autómatas destinados especialmente á la escena representaba á un hombrecito que salía de un huevo y adivinaba los naipes escogidos; otro construído para el mismo destino consistía en un naranjo florido que se cubría de hojas y frutos, los cuales se abrían mostrando en su interior los objetos que el hábil prestidigitador había pedido prestados á los espectadores.

Merece también citarse el escamoteador chino, cuyo dibujo original de Roberto Houdín hemos tenido ocasión de ver. Figuraba este autómata un chino de fantasía, como los que en el siglo XVIII dibujaba Pillernent, colocado detrás de una mesa cubierta con un gran tapete y encima de la cual se veían varios cubiletes, idea que ha sido reproducida luego muchas veces con más ó menos éxito. Este escamoteador levantaba los cubiletes, y los objetos debajo de ellos colocados se convertían en dados, en bolas de diferentes colores y luego desaparecían por completo. Roberto Houdín, cuya imaginación era inagotable, construyó además para sus experimentos de prestidigitación un autómata que representaba á un soldado francés (fig. 3) que apuntaba su fusil y á la voz de mando lo disparaba; el pájaro cantor, que tanto se ha reproducido después, etc., etc.

Es conveniente hacer constar que ninguna de estas piezas mide más de 30 ó 40 centímetros de altura, lo que aumenta la dificultad de unos mecanismos que comunican á las figuras, no sacudidas, sino movimientos que les dan la apariencia de la vida real.

Roberto Houdín inventó también una porción de ingeniosas combinaciones que no son autómatas propiamente dichos, y entre las cuales citaremos: un reloj misterioso cuyas agujas marcaban en un disco de cristal la hora que quería el espectador; otro reloj análogo al anterior, compuesto de una esfera y un pie de cristal, que anda perfectamente sin causa aparente, y el eslabón despertador que ha dado posteriormente origen á una porción de objetos destinados al mismo uso. Asimismo hizo numerosas aplicaciones de la electricidad, en su tiempo poco conocida; pero ocuparnos de esto nos alejaría de nuestro propósito.

Cuando abandonó su teatro dejó comenzados una porción de autómatas, de los que algunos, entre ellos otro escribiente dibujante, han quedado sin terminar, y otros han sido terminados por su primogénito, que ha logrado merecida reputación como relojero.

Hemos llamado nuevamente la atención sobre el maestro en mecánica recreativa porque nos ha parecido interesante recordar su obra extraordinaria á los que sólo de oídas la conocen.

El silencio en que durante algunos años han permanecido envueltos los autómatas se debe, no á que el público haya mostrado desvío hacia este género de curiosidades, sino á que no había surgido ningún inventor que en él produzca obras nuevas y originales.

Ya veremos, cuando estudiemos los autómatas modernos, que el número de estos inventores es considerable y que nunca faltan compradores para objetos variados é interesantes.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)

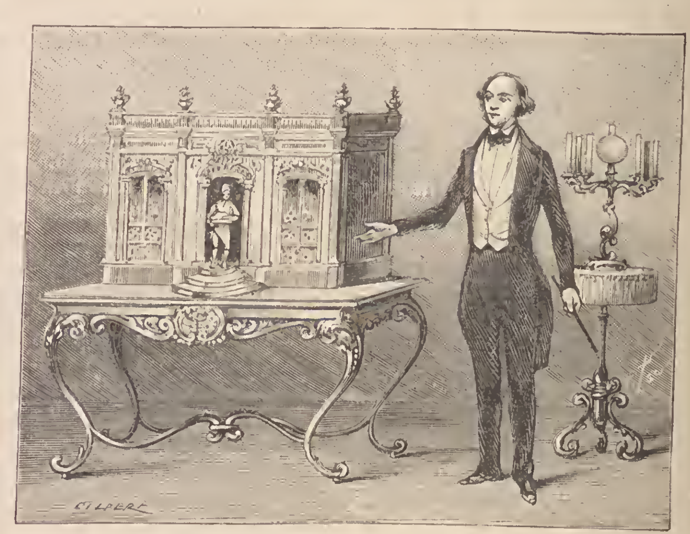


Fig. 1. El pastelero, autómata de Roberto Houdín



Fig. 2. El gimnasta, autómata de Roberto Houdín

Fig. 3. El guardia francés, autómata de Roberto Houdín

(1) Véase el número 505 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

¡MISERICORDIA! *Novela española por M. Martínez Barrionuevo.* – Este conocido y fecundo escritor ha aumentado el ya largo catálogo de sus obras con la novela cuyo título encabeza estas líneas. Como todas las suyas, esta novela es genuinamente española, no sólo por el asunto, por los personajes y por las circunstancias de lugar, sino por su factura, apartada por completo de las tendencias hacia un realismo exagerado que de algún tiempo á esta parte nos ha venido de allende el Pirineo. Quizás alguien tache la nueva producción del Sr. Barrionuevo de sobradamente idealista; pero esto, á nuestro modo de ver, no es ni mucho menos un defecto, cuando el escritor sabe, dentro de la escuela en que milita, responder á los altos fines de la literatura. *¡Misericordia!* los llena perfectamente: su acción es interesante y está bien conducida, pues la aparente confusión que algunas veces se nota en su primera mitad, explícasela cumplidamente el lector á medida que se aproxima el desenlace; sus personajes están bien dibujados, sobresaliendo entre ellos la protagonista y el criado Pequillas, y hay en la novela capítulos que descubren la mano de un experto escritor, como sucede por ejemplo con la hermosa descripción de la batalla de Alcolea.

¡Misericordia! forma un tomo de cerca de 400 páginas y lleva una bonita portada; ha sido editada por don Inocente López y se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.

***

UN DISCURSO, *por «Clarín» (Leopoldo Alas).* – Formando parte de la colección de *Folletos literarios* de D. Leopoldo Alas, que publica el conocido editor de Madrid D. Fernando Fe, se ha puesto á la venta el por muchos conceptos notabilísimo discurso que con motivo de la apertura del curso académico pronunció el sabio catedrático de la Universidad de Oviedo. Ocúpase en él el Sr. Alas de la pedagogía moderna, combatiendo con poderosos argumentos y con una riqueza de datos, que revela una vez más la prodigiosa erudición de su autor, los sistemas exclusivistas, las exageraciones del utilitarismo, del nacionalismo y del afán de innovaciones por el solo prurito de echar abajo todo lo antiguo sin tener en cuenta que «no somos más que un eslabón de una cadena que no sabemos ni dónde empieza ni dónde acaba.» Nos extenderíamos demasiado si hubiésemos de señalar todas las excelencias del discurso, pero no podemos resistir á la tentación de terminar reproduciendo algo de lo que dice el Sr. Alas al hablar de la enseñanza religiosa, que defiende con la convicción de un verdadero creyente: «quien no está con Dios está sin Dios; la enseñanza que no es deista es atea;» «los hijos que se educan en la duda de Dios se educan como si no le hubiera; y más diré, que si no lo hubiera, no está muy claro que fuera muy perjudicial para la buena educación portarse como si le hubiese; mientras que si hay Dios, el prescindir de la Divinidad no puede menos de ser funesto.» Y en este punto el voto del autor es de calidad, porque nadie dirá que el ilustre catedrático Sr. Alas ni el celebrado escritor y profundo crítico *Clarín* pequen de fanáticos ni mucho menos.

Véndese el folleto en las principales librerías al precio de una peseta.



IDILIO DE AMOR, cuadro de Modesto Faustini

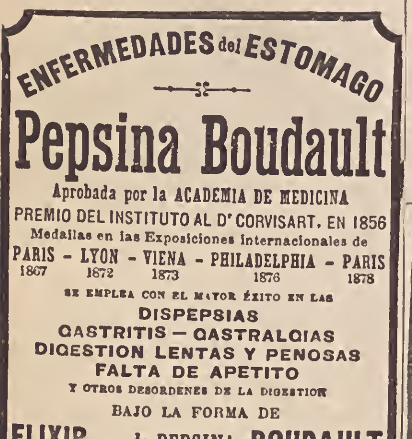
***

NOVELAS CORTAS, *por Luis Cánovas.* – El tomo 54 de la *Biblioteca Selecta* que publica en Valencia el editor D. Pascual Aguilar, es una colección de novelitas interesantes debidas á la elegante y castiza pluma de D. Luis Cánovas, á quien conocen ya los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por haberse publicado no hace mucho tiempo un primoroso artículo suyo titulado *El do de pecho*, que forma también parte del tomo en que nos ocupamos.

Véndese éste al precio de dos reales en las principales librerías y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

CAUSAS DE LA CEGUERA Y MODO DE EVITARLAS, *por D. Angel Fernández Caro.* – El actual vicepresidente de la Sociedad Española de Higiene pronunció hace dos años ante esta Sociedad la conferencia que recientemente impresa ofrece al público. El tema es interesante y está concienzudamente desarrollado, por lo que merece leerse el folleto, al que acompaña un cuadro gráfico de causas de ceguera comprobadas por el D. Magnus en 2.528 casos.

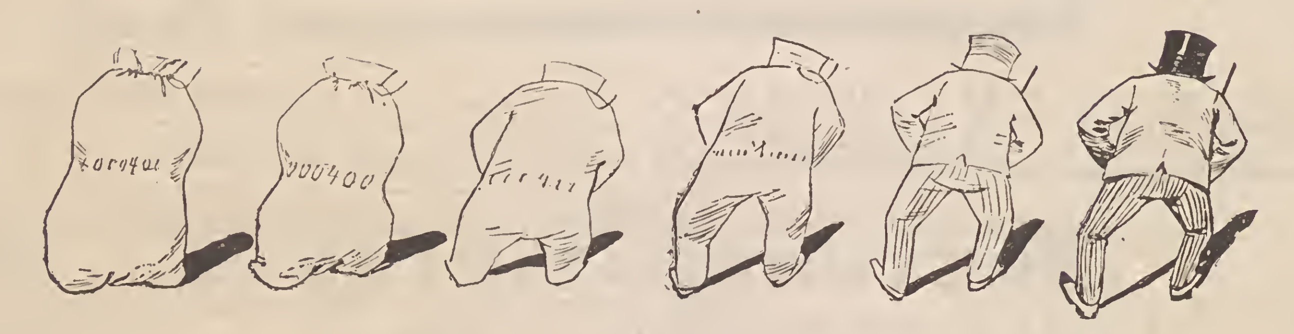


IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 23 DE NOVIEMBRE DE 1891 — NÚM. 517

TRANSFORMACIÓN



De como un saco de dinero se transforma en un hombre

PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes á los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es, **no** solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también **á** la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA surten todos los efectos de un anuncio diario, porque **cada** número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente **nuestra** nueva Sección de Anuncios.

Dirigirse para estos anuncios á los Sres. CALVET Y RIALP, Oficinas de Publicidad, Diputación, 358, bajos; BARCELONA

EL BOA Y SU VÍCTIMA, *por Guillaume*



1



2

(Continúa en la pág. IV)

(Véase la pág. III)

EL BOA Y SU VÍCTIMA, *por Guillaume*



3



4

Tipografía LA ACADEMIA
Ronda-Universidad, 6; Barcelona